

## Trabajo Fin de Máster

Los Nuevos Movimientos Sociales y sus repercusiones  
en la lucha colectiva: Populismo y Neopopulismo como  
casos de estudio

*New Social Movements and their repercussions on  
collective action: Populism and Neopopulism as study  
cases*

Autora

Dina Al maydki El ouassidi

Director

Julián Casanova Ruiz

## RESUMEN

Los Nuevos Movimientos Sociales constituyen una forma de acción colectiva novedosa que hunde sus raíces en los años sesenta del siglo pasado. Suponen una expresión del contexto socioeconómico neoliberal que impera en Occidente desde entonces, conllevando diferencias sustanciales con respecto a los movimientos sociales tradicionales. Uno de esos *movimientos* tradicionales es el populismo, un fenómeno muy difícil de catalogar y que no obedece a una definición fijada, debido a su naturaleza múltiple y flexible. En este trabajo, se rastrean, a través de diversas aproximaciones historiográficas, las características esenciales de los Nuevos Movimientos Sociales y del Populismo, a fin de localizar sus puntos de convergencia y el influjo de los primeros en el denominado Neopopulismo.

**Palabras clave:** Nuevos Movimientos Sociales, Populismo, Neoliberalismo, Neopopulismo.

## ABSTRACT

New Social Movements constitute a new form of collective action that is rooted in the sixties of the last century. They are an expression of the neoliberal socioeconomic context that has prevailed in the western states since then, entailing substantial differences between them traditional social movements. One of these traditional movements is populism, a phenomenon that is very difficult to classify and that does not obey a fixed definition, due to its multiple and flexible nature. This work trace the essential characteristics of the New Social Movements and Populism through various historiographic approaches, in order to locate their points of convergence and the influence of New Social Movements on the so-called Neopopulism.

**Key words:** New Social Movements, Populism, Neoliberalism, Neopopulism.

## ÍNDICE

1.Introducción.....	1
2.Antecedentes y Estado Actual del Tema: Bibliografía más Relevante .....	4
3.Una visión sintética de la(s) Teoría(s) de los movimientos sociales.....	11
4. Los Nuevos Movimientos Sociales: “La revolución de la revolución”.....	19
5.El populismo: ¿Es posible definirlo?.....	26
6.El populismo a través de casos empíricos. ....	32
6. 1. Orígenes y desarrollo del Populismo .....	32
6.1.1. El Populismo Ruso .....	32
6.1.2. El Populismo Estadounidense .....	34
6. 2. La Evolución del Populismo.....	36
6.2.1. El Populismo a Través de Casos Empíricos.....	36
6.2.2. ¿Tienen Algo en Común?.....	42
7. El Neopopulismo como Caso Particular de los Nuevos Movimientos Sociales .....	44
8.Conclusiones.....	52
9.Anexos... ..	61

*«Estado se llama al más frío de todos los  
monstruos fríos. Es frío incluso cuando  
miente; y ésta es la mentira que se desliza de  
su boca: “Yo, el Estado, soy el pueblo”.»*

Friedrich Nietzsche

# 1. INTRODUCCIÓN

En la segunda mitad de los años sesenta, Europa atravesó un periodo de agitación política y social sin precedentes desde los episodios bélicos mundiales. Estas turbulencias, caracterizadas por una gran presencia estudiantil y una naturaleza eminentemente asamblearia, se dieron tanto en Europa occidental, con los sucesos vinculados a los estudiantes del 68; como en su parte oriental, siendo ejemplo de ello la Primavera de Praga, generando una ola de movilizaciones sociales que afectaron a buena parte del mundo.

En un contexto cultural denominado por Daniel Bell en 1960 como el “fin de las ideologías en Occidente”<sup>1</sup>, los protagonistas de las movilizaciones de 1968 se empaparon de una gran variedad de influencias intelectuales, que marcaron una pervivencia de ciertos factores asociados a la idiosincrasia revolucionaria precedente, así como ciertos aspectos coyunturales novedosos.

Así pues, esos jóvenes movilizados –estudiantes y trabajadores- bebieron del influjo ideológico de una mixtura teórica interrelacionada en mayor o menor grado. No obstante, las influencias no se limitaron al plano meramente teórico, sino que también existía una fuerte impronta proveniente de la experiencia. Por consiguiente, los referentes políticos se extendían a la Revolución cubana –con el Che Guevara como gran mártir-, la Revolución Cultural china y la organización asamblearia de movimientos revolucionarios periféricos que optaban por la lucha directa en pos de la fractura social: tupamaros en Uruguay, Vietcong, así como distintos impulsos nacionalistas de corte socialista.

Dadas estas ascendencias de corte eminentemente colectivista y revolucionario – en tanto en cuanto buscan derribar el sistema para construir uno nuevo-, buena parte de la historiografía, basándose en los cambios formales que esta movilización provocó en las estructuras del aparato del estado, han calificado a Mayo del 68 como un fracaso, partiendo de la premisa de que “nadie murió en el 68”.

Efectivamente, el 68 no produjo grandes variaciones institucionales y formales en las estructuras políticas del momento. Sin embargo, fue artífice de una serie de cambios profundos en lo que respecta a la cultura predominante y la autopercepción antropológica de la sociedad. De este modo, para comprender la totalidad de este fenómeno, se torna

---

<sup>1</sup> BELL, D., *El fin de las ideologías: sobre el agotamiento de las ideas políticas en los años cincuenta*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, D.L., 1992.

necesario realizar un estudio en el que las repercusiones políticas y las consecuencias ideológicas se sitúen en un estadio de valoración equitativo, tratando de indagar en su evolución de largo recorrido y en su mayor o menor incidencia en las distintas sociedades.

Siendo conscientes de la impronta que dejó el 68 en la forma de entender la acción colectiva, conviene detenernos en uno de los *fenómenos* sociales más representativos de la contemporaneidad, a saber, el populismo. *Fenómeno* que, como no podía ser de otra forma, también experimentó una profunda transformación al tratar de adaptarse a los nuevos contextos que lo rodeaban.

Como verán, he utilizado el término *fenómeno* con cierta cautela, pues todavía no se ha podido llegar a un consenso sobre la naturaleza de un concepto tan camaleónico como es el de populismo. “Tendencia”, “movimiento”, “ideología”, “fenómeno”, “discurso” ... Son numerosas y variopintas las acepciones y denominaciones que lo envuelven, lo cual evidencia la riqueza y complejidad que lo caracterizan.

Pero también conlleva un contrapunto: el uso indiscriminado de este término y su connotación peyorativa. Por ello, en este trabajo, trataré de indagar en las distintas aproximaciones historiográficas que han dado forma al concepto de populismo y que han buscado (y continúan buscando) fijar su significado. Así, una vez determinadas las distintas concepciones ideológicas, políticas y sociológicas que existen acerca de este término, podremos indagar en la evolución histórica del mismo.

De este modo, a través del estudio de distintos casos empíricos considerados habitualmente como populistas, rastreadremos las diversas señas de evolución en la *praxis* y el discurso tanto del populismo como del posterior neopopulismo, tratando de percibir paralelismos con el desarrollo global de los movimientos sociales desarrollados a partir de la segunda mitad del siglo XX.

En este punto, considero preciso apuntar que la hipótesis de partida en la que se fundamenta este trabajo es la afirmación de que uno de los mayores legados de Mayo del 68 es el individualismo en las nuevas formas de protesta social. Un individualismo explícito, no solo por la puesta en valor de lo cotidiano en el ámbito público, sino también por la atomización social derivada de la postmodernidad y la "muerte" de las verdades absolutas. Por ello, una de las muestras más fehacientes del influjo de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS) en la práctica neopopulista se encuentra, precisamente, en el aprovechamiento de esta individualización social, vinculada al desapego de los ciudadanos con respecto a los sindicatos y partidos tradicionales.

El 68, pues, marca un punto de inflexión en una multiplicidad de prácticas y de formas de entender la revolución, abriendo las puertas a la posmodernidad. Los Nuevos Movimientos Sociales abandonaron el sueño revolucionario de conquista del poder y de los medios de producción, tan férreamente anclado al ideario teleológico y modernista, estableciendo los límites de todo el discurso sobre la razón y el progreso. Y eso se dejó notar en la práctica populista.

- **OBJETIVOS Y METODOLOGÍA**

Este trabajo busca construir un armazón teórico, práctico e ideológico, que permita fundamentar esta concepción del 68 como un punto de inflexión en el nuevo *modus operandi* de las luchas sociales que llegan hasta nuestros tiempos, tomando la evolución del populismo como caso de estudio.

Me propongo rastrear cómo la atomización derivada del relativismo social y cultural impulsó un nuevo "individualismo revolucionario" que deja atrás precisamente el concepto clásico de "revolución" y se comenzó a basarse más en la *contracultura desde dentro* como medio para modificar la situación contemporánea. Dada la abstracción de un estudio de los Nuevos Movimientos Sociales *grosso modo*, este trabajo busca concretar los rasgos de estas novedosas expresiones sociales en el *fenómeno* populista, y, posteriormente, neopopulista.

Para este fin, se ha utilizado una metodología hipotético-deductiva, a partir del análisis de fuentes secundarias en su mayoría, tratando de conectar los principales argumentos elaborados por los autores referenciados en la bibliografía. Además del uso de fuentes secundarias, que serán tratadas con mayor profundidad en el subsiguiente Estado de la Cuestión, debo destacar el uso de algunas fuentes primarias, como los discursos de los principales líderes del Mayo francés, como Daniel Cohn-Bendit<sup>2</sup>; o de líderes populistas como Alejandro Lerroux<sup>3</sup> o Juan Domingo Perón<sup>4</sup>. Todo ello con la valiosa ayuda y guía de Julián Casanova, a quien debo agradecer su asesoría y apoyo en este proceso.

---

<sup>2</sup> COHN-BENDIT, D., *Forget 68*, París, L' Aube, 2008.

<sup>3</sup> *El Progreso*, 24-IX-1899 y 16-IV-1899. Citado en ÁLVAREZ JUNCO, J., "Algunos problemas teóricos alrededor de los populismos", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 1, septiembre-diciembre 1988, p. 281.

<sup>4</sup> Para este caso concreto, se ha utilizado la página web: <http://archivoperonista.com/discursos/> con una amplia gama de discursos del líder populista, desde 1943 hasta 1974.

## 2. ANTECEDENTES Y ESTADO ACTUAL DEL TEMA: BIBLIOGRAFÍA MÁS RELEVANTE

Con el propósito de justificar la tesis de partida, se ha realizado una investigación que conlleva el empleo de fuentes tanto secundarias como primarias, lo cual deviene crucial en pos de establecer unos cimientos teóricos y prácticos rastreables e interdependientes.

Este trabajo puede estructurarse, *grosso modo*, en dos partes diferenciadas, atendiendo a su contenido: una primera aproximación a las discusiones teóricas sobre los Nuevos Movimientos Sociales; y una segunda que aterriza en el fenómeno del populismo y de su proceso de adaptación a la nueva coyuntura político-social post-68. Por consiguiente, se han utilizado fuentes especializadas en áreas de estudio muy dispares que, sin embargo, pueden reducirse a dos: Mayo del 68 y los Nuevos Movimientos Sociales; y el populismo, tanto en su evolución ideológica como en su campo de actuación en tanto que fenómeno sociopolítico.

Comenzando por las fuentes secundarias, dado que éstas permiten una primera aproximación teórica para descender *a posteriori* hacia las fuentes primarias, y centrándonos en la primera parte del trabajo, nos encontramos con un predominio de monografías que indagan sobre el desarrollo de Mayo del 68, incidiendo en los factores políticos y sociales. Asimismo, en este caso particular de estudio, dada la relativa actualidad del proceso histórico abordado, es posible encontrar trabajos e interpretaciones al respecto desde el mismo contexto contemporáneo a los sucesos.

Como en la mayoría de fenómenos históricos, su aniversario constituye un momento idóneo para la publicación de obras que acompañan a las conmemoraciones habituales. Así, el quincuagésimo aniversario de Mayo del 68 ha aportado obras de enorme calado en la investigación de este fenómeno. Un estudio de relevancia capital para la construcción de este trabajo es *Le Mai 68 des historiens: entre identités narratives et histoire orale*, una obra dirigida por Agnès Callu, cuya edición de 2018 permite reflexionar acerca de las diferentes perspectivas historiográficas que se han dado para acceder a este acontecimiento histórico. Este libro indaga en la socialización individual y colectiva de este proceso histórico, explorando el grado de injerencia de las imágenes y constructos



sociales en determinados grupos generacionales. Todo ello a través de un minucioso estudio de las convergencias y divergencias de los historiadores, inherentemente vinculadas a los marcos políticos de referencia. Así pues, deviene una herramienta crucial para establecer un primer acercamiento a las diversas interpretaciones dadas desde los mismos años sesenta sobre la deriva de los movimientos sociales.

Por otro lado, inscrito en la línea de cuestionamiento de la permeabilidad de Mayo del 68, Michael Seidman publicó en 2018 *La revolución imaginaria. París 1968: Estudiantes y trabajadores en el Mayo francés*. Se trata de una monografía de gran interés para este trabajo, al tratar de comprobar si verdaderamente cambió el mundo tras este fenómeno, adoptando una postura crítica con las diversas líneas historiográficas que han tratado el tema, y dando un argumento colmado de multiperspectiva para defender sus conclusiones.

No es tanto el caso del *Mayo del 68: Una educación sentimental* de Gabriel Albiac, publicado unas décadas antes, en 1993. Este estudio, si bien más expositivo, se inclina abiertamente hacia la postura que concibe el 68 como una quimera espectacularizada, cuyas consecuencias reales se reducen a un espejismo de una revolución en potencia. Sin embargo, resulta de gran interés para comprender esta visión tradicional del “*gauchismo*” que se encargó, a fin de cuentas, de perfilar el relato del influjo del individualismo en las luchas sociales reformistas que inician su predominio en la posmodernidad.

En esta misma área de narración expositiva de los acontecimientos, se inscriben Nicolas Daum, y su *Mayo del 68: la palabra anónima*; y Antonio Sáenz de Miera, en *Aquel Mayo del 68*, trazando este último un análisis de los hechos “con la mayor objetividad posible”, necesario para una primera aproximación al fenómeno, dado que sin un conocimiento profundo de los acontecimientos “aislados” del movimiento, deviene imposible aprehender el proceso histórico y las repercusiones –estructurales o no- del mismo.

Pero al igual que es necesaria una aproximación a los acontecimientos del 68 *per se*, es imprescindible contrastar esta información con el contexto que ha precedido a los sucesos y la coyuntura que los ha continuado, desde una perspectiva global, y para ello, *Ascenso y crisis: Europa (1950-2017). Un camino incierto* de Ian Kershaw resulta una herramienta de gran utilidad. Del mismo modo, un clásico de 1979, *Les Trente Glorieuses, ou la révolution invisible de 1946 à 1975* de Fourastié sirve para ahondar en el

contexto denominado de Edad de oro del capitalismo, en el que germina este movimiento y los ulteriores, y que explica la condición social de buena parte de sus protagonistas.

Por otro lado, y dados los recursos consultados, se puede afirmar que el panorama investigador se caracteriza por una escasez de obras que interrelacionen los legados ideológico-antropológicos y los sociales. Por ello, la corriente historiográfica que focaliza su indagación en los ámbitos político e institucional goza de cierta preponderancia, explicándose así la propia concepción, en mayor o menor grado vigente, del 68 como un fracaso. Igualmente, esta situación condiciona la limitación de las consecuencias de estos movimientos al ámbito inmediato, por lo que no se estudia su proyección cultural más allá de la archiconocida “revolución” de las costumbres, con un mayor énfasis en el ámbito sexual, en la emancipación femenina y en la visibilidad del colectivo LGBTQ+.

No obstante, Jacques Baynac, en su *Mayo del 68: La revolución de la revolución*, aborda la nueva estrategia insólita que inicia el 68, con el cuestionamiento tanto del mito soviético como de las estructuras asfixiantes del capitalismo que ya trató Foucault. Parte pues de la premisa de que el propio germen del 68 europeo fue la abundancia y no la escasez, como había ocurrido hasta entonces. La diferencia que establece entre las motivaciones de lo viejo (la escasez, y su consiguiente sensibilidad hacia las reivindicaciones cuantitativas) y lo nuevo (la abundancia) deviene esencial para enmarcar los Nuevos Movimientos Sociales en el contexto de la sociedad de consumo, germinada en el seno del propio Estado de Bienestar.

Y esta es la misma línea seguida por Kristin Ross en *Mayo del 68 y sus vidas posteriores*, quien realiza una lectura crítica del relato oficial que equipara la sociedad surgida del 68 con la confirmación del *status quo* al servicio del consenso. Así pues, recupera la voz de los actores de la rebelión para visibilizar sus aspiraciones y desmontar la *abstracción* imperante en el discurso historiográfico y filosófico de los ochenta, que eclipsa los “datos sensoriales y materiales” acaecidos.

Finalmente, diversas obras de carácter filosófico y sociológico han servido para nutrir el ámbito más antropológico-ideológico del trabajo. Así pues, inscribiéndose precisamente en esta línea de los años ochenta revisada por Ross, encontramos a Lipovetsky, quien en su artículo “*Changer la vie*” ou l’irruption de l’individualisme transpolitique realiza un nexo directo entre el legado del 68 y el individualismo narcisista de finales del siglo pasado. Del mismo modo, Renaut y Ferry continuarían esta visión tan solo un año

después del anterior, en 1987, tratando en su 68-86. *Itinéraires de l'individu* la atomización social derivada de la muerte de las verdades madre gestada en la posmodernidad, enalteciendo la faceta cultural y social del 68, en detrimento de todo aquello relacionado con lo político y lo institucional.

La última obra y la más reciente que ha sido utilizada para profundizar en el ámbito sociológico y político del mundo post-68 es *Neofascismo. La bestia neoliberal*. Se trata de un interesante estudio de gran actualidad que hunde sus raíces en las interpretaciones clásicas del fascismo, para elaborar un viaje epistemológico con paradas en diversos movimientos y tendencias que ostentan el prefijo de “neo-”: neofascismo, neopopulismo, neofascismo, etc. Este conjunto de ensayos ha servido, no solo para entender la sociedad y la idiosincrasia de la segunda mitad del siglo XX e inicio del XXI, sino para conectar los Nuevos Movimientos Sociales, en conjunto, con el populismo como caso concreto, permitiéndome trazar un hilo conductor coherente entre las dos partes que dividen a este Trabajo de Fin de Máster.

En cuanto a las fuentes primarias, dado que este trabajo se enfrenta a una temática transversal y a un estudio comparativo, requiere de documentos de diversa naturaleza. Si bien el punto de inflexión tiende a situarse en el Mayo del 68 francés, es sabido que la movilización se desarrolló a escala global, y que además esta no se limitó a 1968, sino que hubo una imbricación mucho más extendida a nivel cronológico.

Aun con todo, el análisis de los discursos de los propios *dirigentes* de estos movimientos es un buen punto de partida para aprehender la intencionalidad explícita que movió a estos jóvenes estudiantes y trabajadores. Son numerosísimos los casos paradigmáticos que protagonizaron el 68: Daniel Cohn-Bendit en París, Raúl Álvarez Garín y Sócrates Campos Lemus en México, Elpidio Torres e Hipólito Atilio López en Argentina, o incluso la propia visión crítica de Pier Paolo Pasolini en Italia. Sin conocer cuáles eran sus motivaciones, sus discrepancias y qué propósitos alimentaban sus energías, no podemos calibrar el grado de *éxito* o de *fracaso* que supusieron sus esfuerzos, ni establecer conclusiones cualitativas al respecto.

A pesar de que estos discursos son un recurso de gran relevancia para conocer el *preámbulo* ideológico a las movilizaciones sesentayochistas, no proporcionan directamente información acerca de la deriva teórica y práctica de los Nuevos Movimientos So-

ciales. Por consiguiente, su utilización se topa con una limitación clara que implica trabajar necesariamente a partir de la deducción, un método que –siguiendo las directrices cartesianas- no debería emplearse exclusivamente para acceder al conocimiento.

Por otro lado, debemos tener presente que, continuamente se está dando una interrelación que vincula inherentemente las características idiosincráticas de cada contexto y las expresiones individuales y colectivas de la sociedad. En el caso que nos concierne para este trabajo, la filosofía situacionista será de relevancia capital. En 1957, la Internacional Situacionista (IS) postulaba la necesidad de acabar con el arte tradicional y burgués, a fin de incorporarlo a la vida cotidiana, partiendo de la percepción antropológica marxiana de ser humano entendido como ente *necesariamente* creador. Así, una de las fuentes primarias que más se utiliza para este trabajo, a saber, el cartel político, evidencia este fuerte influjo. De igual modo, el grafiti se inscribe en esta misma línea y, con un mensaje de “*soyez realistes, demandez l'impossible*”, se perfila como un instrumento gráfico de gran potencia expositiva, deviniendo, en cierto modo –y siguiendo las palabras del cartelista Josep Renau, un *grito* en la pared.

Pero esta intención contracultural también se puede rastrear a través de las expresiones artísticas musicales, con un trabajo muy interesante de Loupien para el caso francés: *La France underground. Free jazz et rock pop, 1965/1979, le temps des utopies*. No obstante, la música como herramienta de reacción al sistema es evidente a escala global: punk británico, rock estadounidense, o el hip hop desde finales de los setenta. De hecho, la obra de Martha Cooper nos sirve para conectar la música y la crítica social, siendo esta la fotógrafa del hip hop por excelencia y una fotoperiodista fundamental para conocer las últimas décadas del siglo XX.

Sin embargo, a pesar de su gran potencialidad como fuente primaria, la música debe pasar por un intenso proceso de selección previo que, naturalmente, es de carácter subjetivo, pero que se torna necesario para delimitar los casos de estudio. De este modo, siguiendo mi criterio personal, se han seleccionado los casos más paradigmáticos para abordar un fenómeno o un proceso histórico concreto, pero se ha prescindido de otros ejemplos igual de reseñables para el análisis de la época post-68.

Finalmente, además de un necesario estudio comparativo de la prensa contemporánea internacional para detectar la multiplicidad de discursos adoptados con respecto a la temática, también se han rastreado diversas revistas con contenido político –tácito o

explícito-. Las revistas alternativas e independientes son un recurso fundamental inherentemente vinculado a los propios protagonistas de estos Nuevos Movimientos Sociales. Esto es evidente en casos como *El Condorito* o *Mampato* en Chile, *El Viejo Topo* o la veterana *Nuestra Bandera* en España, o en la obra de ilustradores e ilustradoras franceses como Claire Bretecher, entre otros ejemplos.

Del mismo modo, se ha procedido a un estudio inductivo de la producción de fanzines, cuya eclosión se ubica en las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado, constituyendo un replanteamiento de las bases culturales contemporáneas: *El Golem*, *El Naufraguito* son casos de estudio importante para el contexto español, mientras que la monografía *Notes from the underground: zines and the politics of alternative culture* de Duncombe servirá para rastrear los distintos *zines* angloparlantes.

De naturaleza totalmente distinta a estas últimas fuentes son las utilizadas para rastrear los estudios sobre populismo. Como bien es sabido, es un término que ha generado controversia desde prácticamente su nacimiento. Esto se debe a la ambigüedad de su naturaleza y a la (hasta el momento) imposibilidad de fijar unos rasgos y procedimientos cerrados que definan la Idea -entendida en términos platónicos- de Populismo.

Este punto -la ambigüedad y la tergiversación del término- es el único que genera un consenso inquebrantable entre los historiadores, politólogos y sociólogos estudiosos del tema, por lo que, tomando esta premisa como base, para la elaboración de este trabajo de han utilizado numerosos ensayos históricos, políticos e ideológicos sobre el populismo. Así pues, ha sido el uso de fuentes secundarias el principal recurso que se ha utilizado en este Trabajo de Fin de Máster, a fin de encontrar los nexos que unen a los Nuevos Movimientos Sociales y al fenómeno populista.

Pero para llegar a ese último punto, de deducción de los rasgos que evidencian el influjo de los NMS en el populismo, ha sido necesario construir un armazón teórico que muestre los pasos que ha dado este último desde sus orígenes, para llegar a dicho estadio ulterior. Para ello, se han utilizado trabajos clásicos de teoría del populismo, desde distintas perspectivas: la funcionalista de los sociólogos Germani y Di Tella, que, partiendo de la “teoría de la modernización”, trazan un hilo conductor de gran coherencia sobre el funcionamiento interno del populismo; los trabajos clásicos de Berlin y Wiles, que estudian el término en tanto que un *movimiento* político y social; y las tesis de Walicki o MacRae, que tratan de abordar el populismo desde una visión ideológica y pragmática.

Canovan, por su parte, ha contribuido enormemente a sustraer los rasgos definitivos del populismo, dada la naturaleza descriptiva de su trabajo, permitiendo dilucidar las características esenciales de la práctica populista desde una perspectiva empírica. Pero el autor que, sin duda, más ha contribuido a esclarecer los vacíos epistemológicos que atormentaban a la Academia clásica ha sido Ernesto Laclau.

El trabajo de Laclau ha evolucionado tremendamente desde sus inicios, inscribiéndose sus primeras obras en el materialismo histórico marxiano, lo cual obstaculizaba su campo de visión, al conllevar inherentemente una perspectiva de clase en su teoría. Sin embargo, el influjo del postmarxismo a finales del siglo pasado (*Hegemonía y estrategia socialista*, obra que escribió junto a su esposa Chantal Mouffe en 1987, es considerada una piedra fundacional del postmarxismo) le llevó a reconducir su tesis inicial. La influencia del psicoanálisis lacaniano le permitió desarrollar su propia teoría sobre la hegemonía, en la cual el discurso devino una noción esencial en la constitución de lo político. Así, Laclau consiguió iniciar una corriente novedosa en el tratamiento del populismo como discurso, a través del análisis de la conquista de lo que él denomina “significantes vacíos”.

Igualmente, para el estudio de casos empíricos de populismo, han sido utilizadas obras de autores clásicos como Álvarez Junco, quien aporta información de gran relevancia, no solo para comprender el concepto de populismo *grosso modo*, sino también para aterrizar en el caso nacional más paradigmático de discurso populista: el Partido Radical de Lerroux a inicios del siglo XX. Esto mismo sucede con Michael Löwy, cuyos trabajos son considerados ya unos clásicos del estudio del populismo en Latinoamérica de mediados de siglo.

En definitiva, a fin de plantear un trabajo desde una concepción holística del fenómeno multiforme de los Nuevos Movimientos Sociales y su concreción en la tendencia política populista, ha sido necesario abordar diferentes fuentes primarias, sobre todo en su primera parte, y sobre todo secundarias. Si bien las fuentes secundarias constituyen un primer paso de aproximación al contenido indispensable, son los recursos y documentos contemporáneos a la época los que permitirán centrar el foco de la investigación en los puntos considerados más relevantes para este caso concreto.

### 3. UNA VISIÓN SINTÉTICA DE LA(S) TEORÍA(S) DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Los movimientos sociales constituyen un producto histórico de la modernidad. Esta idea tiene el beneplácito de buena parte de la comunidad investigadora, pues existe un cierto consenso en torno a la visión de que estos se desarrollaron en un contexto caracterizado por nuevas comprensiones de la sociedad<sup>5</sup>.

Sin embargo, a pesar de esta aceptación del origen moderno de los movimientos sociales, su estudio se ha concretado en formas y niveles de organización muy diversos, que van desde movimientos sociales formalmente organizados, hasta la acción de grupos con una organización previa inexistente. Aun con todo, se puede sustraer un punto de convergencia en todo este magma de acción colectiva: en el interior de los grupos estudiados como movimiento social se consiguió algún grado de solidaridad interna, se generaron conflictos con los adversarios y se cuestionaron los límites del sistema<sup>6</sup>. Partiendo de estos puntos en común, es posible ensamblar una definición bastante amplia del término de “movimiento social”, a pesar de que dicha noción haya sufrido una gran evolución en su percepción y significado desde que devino objeto de estudio.

La historiografía de los movimientos sociales hunde sus raíces en la evolución de la historia del movimiento obrero, surgida en la primera mitad del siglo XX en un contexto en el que el papel de este grupo social había sido postergado del sustrato de la historia política tradicional y del historicismo. Empezó a germinar a partir del fruto del estudio de obreros ilustrados, cualificados, que interpretaban el carácter de su propia historia del movimiento obrero, desarrollándose *a priori* como una alternativa de historia obrera al margen la universidad, pero que fue expandiéndose más adelante.

En este sentido, John Richard Green supuso un modelo decimonónico para esta historiografía “social” y periférica. Si bien su obra no puede vincularse a la historia social, es uno de los precursores de la *History from Below* (historia desde abajo), con su *A Short History of the English People* (*Breve historia del pueblo inglés*<sup>7</sup>). Es por ello por lo que

---

<sup>5</sup> BERRÍO PUERTA, A., “La perspectiva de los nuevos movimientos sociales en las obras de Sydney Tarrow, Alain Touraine y Alberto Melucci”, *Estudios Políticos*, 29, Medellín, 2006, pp. 219-220.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 219-220.

<sup>7</sup> Publicada en 1874, se trata, según el propio Green, de “una historia, no de los reyes británicos o de las conquistas británicas, sino del pueblo inglés”. GREEN, J.R., *A Short History of the English People*, I, Londres, Macmillan, 1902, p. 24. Consultado en: <https://archive.org/details/shorthistoryofth01greeiala> el 12 de septiembre de 2020.

se considera un precedente de los historiadores marxistas británicos, cuya producción llevó a su máximo exponente, casi un siglo después, el estudio del movimiento obrero, incluyendo progresivamente investigaciones sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales<sup>8</sup>, sobre todo a partir de los años sesenta, momento en el que se empezó a ampliar el término, comenzando a incluir a agentes históricos no *necesariamente* obreros.

Así pues, los años sesenta supusieron un punto de inflexión en el cambio de deriva en la historia de enfoque más social, comenzándose a cuestionar esa rama de la historiografía, debido a que, en el fondo, la historiografía de carácter obrero estaba aplicando los mismos mecanismos que ya había empleado la historia tradicional. Esa crítica se fundamentaba en la afirmación de que, al fin y al cabo, la única diferencia entre la historiografía decimonónica de grandes personajes políticos y la historiografía “de abajo a arriba” radicaba en que los historiadores marxistas británicos habían sustituido a los dirigentes de las clases dominantes por los dirigentes de las clases dominadas.

Esa revisión de la historiografía obrera no se fraguó durante los años sesenta y setenta por casualidad. En efecto, fundamentalmente desde los acontecimientos de Mayo del 68, los continentes europeo y americano experimentaron una oleada de movimientos sociales que no encajaban con los que se habían producido hasta entonces. Esto los convertía en fenómenos imposibles de estudiar con los recursos y categorías tradicionales, analizados en términos de conflicto de clase<sup>9</sup>.

Fue ese el detonante para el nacimiento de la historia de los movimientos sociales, que, a través de una visión holística del concepto de movilización, trató de acoger cualquier tipo de protesta frente a la autoridad política, económica o religiosa. Es así como aparecieron los campesinos o el género como agentes de acción, surgiendo nuevas nociones como “patriarcado”, que comenzaron a estudiarse como agentes perpetuadores del poder dominante ignorados hasta entonces. Igualmente, se sustituyó el tradicional concepto de “clase obrera” por el de “trabajadores”, ampliándose su significado al incluir, no solo a proletarios industriales, sino también a artesanos o auto-patronos, a campesinos y a las clases medias, entre otros grupos sociales.

---

<sup>8</sup> Este es el caso de obras como *Rebeldes primitivos* (1968) de Eric Hobsbawm, o la noción de “economía moral de la multitud” enunciada por E.P. Thompson en 1979, en su *La economía moral de la multitud en Inglaterra*.

<sup>9</sup> DIANI, M., “The concept of social movement”, *The Sociological Review*, 40, Chicago, 1992, p.4.



De este modo, un movimiento social comenzó a definirse como un esfuerzo organizado, una acción colectiva donde participa una parte relativamente amplia de la sociedad, es decir, aquellas *multitudes* que habían sido estudiadas por Thompson, esas *masas* a las que anteriormente se aludía solo de forma peyorativa<sup>10</sup>.

Sin embargo, todavía quedaba mucho camino por recorrer para definir conceptualmente a los movimientos sociales. Uno de los aspectos que posteriormente fueron criticados sobre esa primera definición de los años sesenta es que en ella se acogía únicamente a los movimientos provocadores del cambio, en un sentido positivo del término. Por consiguiente, si bien se abandonó la mirada unilateral del objetivo marxiano de “revolución” –que conllevaba ineludiblemente la conquista del poder-, los movimientos sociales eran entendidos únicamente desde la teoría de la modernización, estrechamente vinculada a la racionalización y la secularización. Así pues, era inherente a su naturaleza propugnar el cambio social, de modo que podían ser o bien reformistas, cuando no aspiraban a una acción tan simbólica como la ocupación del poder, –fundamentalmente por carecer de un contraproyecto-; o bien revolucionarios, cuando sí cumplían dichos requisitos.

Llegaron nuevos tiempos y, con ellos, nuevas formas de entender las sociedades. Los modelos explicativos que habían predominado hasta los años sesenta tuvieron que enfrentarse a una súbita obsolescencia teórica. Los movimientos que empezaron a surgir a partir de los años sesenta pusieron de manifiesto las dificultades que tenían para ser comprendidos por las dos principales corrientes sociológicas de la época: el modelo estructural-funcionalista, que destacaba en Estados Unidos, y el modelo marxista, predominante sobre todo en Europa<sup>11</sup>; y más aún si se tenía en cuenta que el estallido de estas

---

<sup>10</sup> THOMPSON, E.P., *La formación histórica de la clase obrera: Inglaterra 1780-1832*, vol. 1 [El árbol de la libertad], Barcelona, Laia, 1977.

<sup>11</sup> La primacía de los modelos estructural-funcionalista, acompañados de un fuerte influjo de la Escuela de Chicago, sirvió para concebir la teoría del comportamiento colectivo y constructorista, preponderante en Estados Unidos. Siguiendo la perspectiva del interaccionismo simbólico, autores como Robert Park, no percibían las transformaciones sociales como elementos de tensión, sino como condicionantes que llevan a las personas a buscar nuevos elementos de organización de un modo ajeno a las definiciones sociales preestablecidas y a las normas culturales imperantes. Por ello, esta corriente consideraba que un movimiento social se desarrolla cuando se extiende un sentimiento de insatisfacción al que las instituciones, por su falta de flexibilidad, no pueden dar respuesta...*(Sigue en la siguiente página)*

*(Continúa)*...Por otro lado, la teoría de la movilización de recursos, con Charles Tilly como autor destacado, y de la oportunidad política estudia a los movimientos sociales como grupos racionalmente organizados que persiguen determinados fines. Así pues, centrándose más en el *cómo* y no tanto en el *por qué*, este enfoque explicaba la posibilidad de organización de las acciones colectivas en función de la eficacia con la que los movimientos utilizan los recursos a su alcance. BERRÍO PUERTA, A., op. Cit. pp. 219-225.

movilizaciones se dio en un contexto socioeconómico eminentemente favorable para las potencias occidentales de la posguerra.

Así, progresivamente, se fue ampliando el abanico de movimientos que habían sido apartados de ese esquema limitado a la creación de cambio. Un ejemplo de ello lo encontramos en el surgimiento de la historiografía revisionista del fascismo, sobre todo en los años noventa. Estos nuevos autores, amparados por todo lo que había alcanzado el fascismo italiano, comenzaron a estudiar dicho fenómeno como un verdadero movimiento revolucionario, a pesar de que hasta entonces había sido excluido de este tipo de estudios por su naturaleza reaccionaria y contrarrevolucionaria. En esa coyuntura, Griffin (*Fascismo*, 1995), influido por Payne (*El Fascismo*, 1980), afirmó que en el fascismo no hay solo movimientos de tipo negativo, sino que también se pueden encontrar acciones en dirección positiva, es decir, creativa. Este autor se fundamentaba en que el objetivo esencial del fascismo se encuentra en la búsqueda de un nuevo hombre, identificado en este caso con el ultranacionalismo, tras el cual se pueden encontrar nociones de gran relevancia, como la contraposición a Versalles y la revisión de las fronteras, así como la superioridad de la raza y el espacio vital.

Si bien este ejemplo es un claro reflejo de esta necesidad *renovadora* de la historiografía social, ya desde finales de los años sesenta y durante la década de los setenta, encontramos intensos debates sobre los modelos de análisis de los movimientos sociales previos. Ante una situación caracterizada por movilizaciones interclasistas, pero con metas concretas y estrategias racionales, nacieron nuevos intentos teóricos y analíticos de comprender las acciones colectivas, entre los cuales encontramos, al fin, la Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales.

Parafraseando a Mario Diani, este nuevo enfoque teórico, surgido de la mano de investigadores como Alain Touraine<sup>12</sup> o Daniel Bell<sup>13</sup>, abandonó el marxismo como marco privilegiado de comprensión de la transformación social, comenzando a apuntar hacia otras lógicas de acción surgidas de las demandas de ese nuevo mundo post-industrial, y que, por tanto, contemplaban factores de movilización colectiva de muy diversa

---

<sup>12</sup> TOURAINE, A., *La société post-industrielle*, París, Éditions Denoël, cop. 1969.

<sup>13</sup> BELL, D., *El advenimiento de la sociedad post-industrial: un intento de prognosis social*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

índole: la política, la ideología y la cultura, y otras fuentes de identidad como la etnicidad, el género o la sexualidad<sup>14</sup>.

Tras la Segunda Guerra Mundial, comenzaron a experimentarse transformaciones económicas y sociales que pusieron en jaque la tendencia generalizada de utilizar el conflicto trabajo-capital como “unidad de medida” del análisis de los movimientos sociales. Las potencias occidentales estaban viviendo un periodo de prosperidad económica sin precedentes. Se trataba de un crecimiento sostenido impulsado por una multiplicidad de factores, a saber, un aumento del comercio internacional, una mayor interacción de los ámbitos privado y público en esa denominada “economía mixta”, la caída del coste de importación de materias primas procedentes de países en vías de desarrollo, la liberación de la demanda acumulada debido al período bélico previo, etc.<sup>15</sup>

De ahí que algunos autores se aventuraran a calificar este periodo comprendido entre 1950 y la ulterior crisis del petróleo en 1973 como la “Edad de oro del capitalismo”<sup>16</sup>, gracias, en parte, al desarrollo del Estado de Bienestar, inherentemente vinculado a dicha “economía mixta” y que, a su vez, permitió el desarrollo de la sociedad de consumo. En esa coyuntura, comenzó a generalizarse el acceso a la educación, así como la entrada de la mujer al mundo laboral, en una sociedad (la occidental) en la que cada vez era más sencillo alcanzar una vida en la que las “necesidades primarias” estuviesen cubiertas<sup>17</sup>.

Aun con todo, no es posible analizar los agentes externos y los factores internos de un movimiento social por separado, pues se da una interrelación continua entre ellos. En los sesenta, los medios de comunicación y la represión gubernamental interactuaron

---

<sup>14</sup> DIANI, M. op. Cit., pp. 2-8.

<sup>15</sup> KERSHAW I.: *Ascenso y crisis: Europa (1950-2017). Un camino incierto*. Barcelona, Crítica, 2019, pp. 200-232.

<sup>16</sup> BARCIELA, C., “La Edad de oro del capitalismo (1945-1973)” en LLOPIS AGELÁN, E.; HERNÁNDEZ BENÍTEZ, M. y COMÍN, F. (coord.), *Historia económica mundial siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 339-389.

<sup>17</sup> El término de “necesidades primarias” es tremendamente ambiguo y se encuentra constantemente sometido a revisiones teóricas, en pos de actualizar su definición de acuerdo a la sociedad de cada momento. No obstante, en este trabajo, se entiende de acuerdo a la acepción clásica propuesta por Abraham Maslow en su trabajo *Una teoría sobre la motivación humana* de 1943, así como en la jerarquía de las necesidades que estableció a través de la denominada Pirámide de Maslow. MASLOW A.H., “A Theory of Human Motivation”. Publicación original en *Psychological Review*, 50, 370-396, 1943. Consultado en: <http://psychclassics.yorku.ca/Maslow/motivation.htm> el 5 de septiembre de 2020.

con las dinámicas internas de los movimientos de izquierda y de derecha, cambiando su tamaño, la pervivencia de los grupos y su grado de radicalidad<sup>18</sup>.

En este punto, resulta reseñable la visión de Karl Mannheim, quien estableció un punto de inflexión fundamental en la forma en la que entendemos el concepto de “generación”. Este autor argumentó que, durante épocas de cambios sociales radicales (guerra, depresiones, migraciones en masa), los jóvenes forman una generación de conciencia compartida, tornándose unidades generacionales, que comparten localización histórica y que experimentan cambios sociales dramáticos al mismo tiempo. No obstante, es posible que la misma coyuntura histórica provoque repercusiones distintas en una misma generación, por lo que no necesariamente generación y unidad generacional pueden entenderse como sinónimos. Estas variaciones pueden deberse a factores de muy diversa naturaleza: debido a la orientación política de sus familias, la clase social a la que pertenezcan, su religión, género o etnicidad, entre otros factores, como experiencias críticas en la infancia, docentes significantes, libros inspiracionales, etc.<sup>19</sup>

Estos factores previos intervienen con la personalidad individual y las experiencias durante la infancia para crear una afinidad en torno al mundo político. En la década de los sesenta, la Guerra Fría, el Movimiento por los Derechos Civiles y la Guerra de Vietnam fueron realidades históricas fundamentales para la movilización de las juventudes occidentales, a pesar de que la percepción que tenían las distintas unidades generacionales de los mismos acontecimientos divergiera<sup>20</sup>.

Fue un periodo, pues, de grandes transformaciones sociales que crearon, a su vez, nuevas condiciones en la naturaleza estructural de los conflictos. Ya hemos visto que el concepto de *evolución social* ostentaba una posición central para el relato historiográfico marxista, por lo que los conflictos sociales se explicaban en base al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales. No obstante, la propia mutación que se dio en las estructuras sociales occidentales obligó a repensar esa idea.

Paulatinamente, el conflicto clásico entre las clases industriales comenzó a pasar a un segundo plano en el debate teórico. El discurso de opresión concebida en torno al

---

<sup>18</sup> KLATTCH, R., “The Development of Individual Identity and Consciousness among Movements of the Left and Right” en Meyer, D., Whittier, N., Robnett, B. (eds.), *Social Movements: Identity, Culture, and State*, Oxford, Oxford University Press, 2002, p.186.

<sup>19</sup> MANNHEIM, K., *Essays on the Sociology of Knowledge*, Paul Kecskemeti (ed.), Londres, Routledge and Kegan Paul, 1952, pp. 33-83

<sup>20</sup> KLATTCH, R., op. cit., pp. 186-189.

concepto de plusvalía marxiano empezó a perder fuerza en beneficio de otros criterios de estratificación social ajenos al control de los recursos económicos.

La representación de los movimientos como entidades ampliamente homogéneas ya no era factible. Y uno de los mayores responsables en la creación de un armazón teórico para esta nueva concepción del poder fue Michel Foucault, filósofo e historiador estructuralista cuya obra se centró en el estudio del poder represivo de las instituciones y los organismos sociales. En *Microfísica del poder*, Foucault defendía que el estudio del poder no se debe reducir únicamente al análisis de la soberanía. Según este autor, existen relaciones de autoridad ajenas al poder soberano directamente, tratándose de condicionantes que sustentan el funcionamiento del poder *per se*, como vemos en relaciones familiares, sexuales, productivas, etc.<sup>21</sup>

De este modo, Foucault argumentaba que el poder se construye a partir de una *trama microscópica* de pequeñas relaciones de autoridad que cimientan *de abajo a arriba* la soberanía institucional. No existe, pues, un solo poder, sino una multiplicidad de relaciones de autoridad que se encuentran en niveles distintos en el seno de la sociedad:

El poder no es un fenómeno de dominación masiva y homogénea de un individuo sobre los otros, de un grupo sobre otros, de una clase sobre otras; el poder contemplado desde cerca no es algo dividido entre quienes lo poseen y los que no lo tienen y lo soportan. El poder tiene que ser analizado como algo que no funciona sino en cadena. No está nunca localizado aquí o allá, no está nunca en manos de algunos. El poder funciona, se ejercita a través de una organización reticular. Y en sus redes circulan los individuos quienes están siempre en situaciones de sufrir o ejercitar ese poder, no son nunca el blanco inerte o consistente del poder ni son siempre los elementos de conexión. El poder transita transversalmente, no está quieto en los individuos<sup>22</sup>.

No en vano este autor constituyó una pieza central en los cimientos ideológicos del 68, fenómeno que comúnmente es tomado como catalizador de los Nuevos Movimientos Sociales. Las movilizaciones surgidas a partir de ese año inauguraron novedosas formas de protesta con características inauditas hasta entonces, como la defensa de la sociedad civil democrática frente al Estado o las protestas ante la vida cotidiana (pacifistas, antimilitaristas, naturalistas, ecologistas, estudiantiles, etc.). Pero también retomaron estrategias pretéritas que habían caído en desuso, dándose, por ejemplo, la vuelta a las

---

<sup>21</sup> FOUCAULT, M., *Microfísica del poder*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1979.

<sup>22</sup> Ídem, p. 144.

formas de organización horizontales y asamblearias<sup>23</sup>, que se había perdido con el declive del anarcosindicalismo y la subsiguiente hegemonía del socialismo.

Ese antagonismo compartido hacia la autoridad centralizada estaba relacionado con una creencia común de que las personas deberían controlar sus propias vidas, evidenciando el influjo del individualismo en esa nueva sociedad y en su modo de entender las movilizaciones sociales. Se oponían al crecimiento de la burocracia y buscaban, por consiguiente, devolver el poder al individuo, a través de la construcción de "una nueva comunidad que reafirme la dignidad individual frente al estado corporativo"<sup>24</sup>, reemplazando las estructuras de poder centralizadas, jerárquicas y de arriba hacia abajo del estado por otras descentralizadas. En lugar de la sociedad de masas, pedían una sociedad de instituciones descentralizadas en la que los individuos participaran en las decisiones que afectan sus vidas, abogando por el gobierno del vecindario, el control local y la policía comunitaria, lo cual conllevaba un fuerte escepticismo frente al Estado de Bienestar paternalista.

---

<sup>23</sup> Ver Anexo I: Asamblea general en la Sorbona, 28 de mayo de 1968.

<sup>24</sup> KLATTCH, R., op. cit., p. 189.

## 4. LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES: “LA REVOLUCIÓN DE LA REVOLUCIÓN”

En la segunda mitad de los años sesenta, Europa atravesó un periodo de agitación política y social sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial. Esas turbulencias se dieron tanto en Europa occidental, con los sucesos vinculados a los estudiantes del 68; como en su parte oriental, siendo ejemplo de ello la Primavera de Praga. Pero esa situación de conmoción social y política no se circunscribió solo a Europa, sino que el propio punto de inflexión se encuentra en Estados Unidos, con las protestas contra la Guerra de Vietnam en Berkeley (1964), a lo cual debemos sumar una expansión de la conflictividad a otros puntos del continente americano: la matanza de Tlatelolco de Méjico en octubre de 1968; el *Cordobazo* argentino de 1969, que puso en retirada a la dictadura militar de Juan Carlos Onganía; o las luchas urbanas en Chile, que facilitaron la presidencia a Salvador Allende en 1970.

No obstante, a pesar de la enorme extensión geográfica que alcanzaron estos movimientos, el 68 –con el Mayo francés como referencia principal– no produjo grandes cambios institucionales y formales en las estructuras políticas del momento. De ahí que buena parte de la historiografía, basándose en los cambios estructurales que esta movilización provocó en el aparato del estado, haya calificado a dichos movimientos como un fracaso<sup>25</sup>.

Sin embargo, no debemos olvidar que estas turbaciones fueron artífices de una serie de cambios profundos en lo que respecta a la cultura predominante y a la autopercepción antropológica de la sociedad. Con razón el arquetípico miembro del 68 francés, Daniel Cohn-Bendit, destacó un elemento crucial del movimiento: "Vencimos en lo cultural y lo social, y afortunadamente perdimos en lo político"<sup>26</sup>.

Por ello, no debemos desprestigiar el valor de las movilizaciones de Mayo del 68 basándonos únicamente en los cambios institucionales que lograron crear. Estas acciones colectivas fueron pioneras en construir un nuevo modelo de lucha social que es necesario

---

<sup>25</sup> Esta concepción del 68 como un paréntesis en el curso del panorama social (principalmente occidental) la encontramos fundamentalmente en trabajos publicados en los años ochenta, que toman como referentes a autores como Luc Ferry y Alain Renaut, con su paradigmático trabajo de 1987: *68-86. Itinéraires de l'individu*.

<sup>26</sup> COHN-BENDIT, D., *Forget 68*, París, L' Aube, 2008, p. 14.

analizar en profundidad para comprender las repercusiones reales de las protestas y de las políticas sociales del presente.

Uno de los cambios más importantes que podemos sustraer del 68 todavía pervive en nuestros tiempos y es, de hecho, cada vez más evidente y palpable en nuestra sociedad. Y es que, a pesar de que estas turbaciones sociales surgieron en un contexto eminentemente Moderno -es decir, inscrito en la cosmovisión de la Modernidad-, marcaron el punto de inflexión para el ocaso de la misma, abriendo las puertas a un nuevo proceso cultural y socio-político denominado Posmodernidad. Dicho término engloba una serie de reacciones que se dieron precisamente frente a la Modernidad, entendida como el advenimiento de una cultura universal que se encontraba estrechamente emparentada con la civilización urbano-industrial y con el progreso como paradigma de crecimiento.

Así pues, el 68 refleja un cambio en la sociedad donde apareció ese fenómeno denominado como “post”, que acoge en su seno una amplísima amalgama de movimientos. Entre ellos, encontramos, por ejemplo, el fenómeno post-industrial, con la aparición de una sociedad de servicios, que conlleva la pérdida de peso de la clase obrera y de las luchas obreras tal y como se conocían hasta entonces; la sociedad post-material<sup>27</sup>, resultado del aumento de seguridad económica; la cultura post-patriarcal, surgida con el advenimiento de las primeras grandes opciones feministas, etc.

Esa coyuntura tuvo en Mayo del 68 sus primeros síntomas, en tanto que empezó a definirse una dicotomía antropológica y social que autores como Raymond Aron identificaron en la tensión contradictoria entre la búsqueda de la igualdad y la demanda de reconocimiento de los individuos interdependientes<sup>28</sup>.

Siguiendo esta misma línea narrativa, Baynac argumentó que la novedad radical de esta motivación revolucionaria fue la creación de una estrategia insólita e imprevista, que fue capaz de cuestionar tanto las estructuras asfixiantes del capitalismo occidental como las del bloque comunista, con aquella Primavera de Praga como referente. Se trata, según este autor, de una “estrategia que no razona en términos de poder y de tener, de espacio y de cantidad, de mediación y organización, sino de no-poder y de ser, de tiempo

---

<sup>27</sup> El nacimiento del término de *posmaterialismo* se lo debemos al sociólogo y politólogo estadounidense Robert Inglehart, quien dio cuerpo a esta idea por primera vez en su obra *The Silent Revolution* en 1970.

<sup>28</sup> ARON, R., *La Révolution introuvable: réflexions sur les événements de Mai*. Entrevista realizada por Alain Duhamel, Paris, Fayard, 1968.



y de calidad, de aquí y ahora y auto organización”<sup>29</sup>. Es por ello por lo que se puede considerar a Mayo del 68 como “la revolución de la revolución”<sup>30</sup>, al tratarse de un acontecimiento que no encaja en ningún esquema teórico conocido y, a partir del cual, todos entraron en cuestión.

Uno de los teóricos más reseñables y fundamentales en la definición ontológica de los Nuevos Movimientos Sociales y de la sociedad posmoderna es, sin duda, Alain Touraine. En su prolífica obra, este autor determina los rasgos esenciales que diferencian a los movimientos clásicos y a estas nuevas movilizaciones sociales. Según Touraine, los movimientos que se podrían denominar como clásicos son aquellos que concentran sus esfuerzos en la defensa de las condiciones laborales y salariales, persiguiendo la unanimidad y la homogeneización de la sociedad<sup>31</sup>. Los Nuevos Movimientos Sociales, por el contrario, encuentran su sustento, precisamente, en la diversidad, lo que explica que las acciones colectivas que han impactado con mayor fuerza a la opinión pública por su contenido desde los años sesenta hayan sido aquellas que luchan en pro de los derechos relacionados con la cultura<sup>32</sup>.

Uno de los resultados más patentes de la posmodernidad lo encontramos durante ese mismo período, momento en el que la Diosa Razón abandonó su trono divino y, contra todo pronóstico, comenzó a ser tomada como una vieja embustera. Esta deificación de la Razón, ya tratada por autores como Nietzsche en su obra *La gaya ciencia* en 1882<sup>33</sup>, era uno de los rasgos fundamentales de la sociedad moderna. Como reacción a esa cosmovisión, los años sesenta y setenta, oponiéndose al “dualismo occidental”, iniciaron el camino hacia la desaparición de las verdades madre, dando inicio al tiempo de las *deconstrucciones*<sup>34</sup>. En consecuencia, las normas de vocación universal desaparecen en beneficio de los particularismos.

---

<sup>29</sup> BAYNAC, J., *Mayo del 68: la revolución de la revolución*, Madrid, Acuarela, 2017, pp. 30-50.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 35-43.

<sup>31</sup> TOURAINE, A. *¿Cómo salir del liberalismo?*, México, Editorial Paidós Mexicana, 1999, pp. 53-80.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 2-5.

<sup>33</sup> La desconfianza de Nietzsche hacia la Razón es visible en buena parte de su obra, pero para profundizar en sus argumentos en torno a la crítica de la racionalidad, véase NIETZSCHE, F., *La gaya ciencia*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1988.

<sup>34</sup> Este término, en ocasiones utilizado de forma errónea por aplicarlo a ámbitos fuera de su control teórico, fue utilizado por el filósofo posestructuralista Jacques Derrida. De un modo muy sintético, puede entenderse como una estrategia de reorganización del pensamiento occidental fundamentada en la descomposición de la estructura del lenguaje DERRIDA, J., *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Argentina, 1971. No obstante, hoy en día, su uso se extiende a otros ámbitos del pensamiento, más allá de la etimología, pasando a entenderse, según la Real Academia Española, como el “desmontaje de un concepto o de una...

Siguiendo la línea teórica predominante hasta los años noventa, uno de los legados más tangibles y notorios de Mayo del 68 lo encontramos en el influjo del individualismo en las nuevas formas de lucha comentado anteriormente, al cual debemos añadir un flagrante predominio de la contracultura crítica. Para Luc Ferry, se trata de un movimiento individualista situado a mitad de camino entre las grandes revoluciones del siglo XIX y el nuevo individualismo de los años ochenta, de signo preferentemente narcisista<sup>35</sup>. Por ello, en cierto modo, descarta en parte aquella visión historiográfica eminentemente política que concebía el 68 como una revolución fallida, considerando que no hay que verlo como un movimiento político que habría fracasado, sino que se trataba de un movimiento social que triunfó más allá incluso de lo previsible.

Para Ferry lo esencial de Mayo no reside en el contenido de las utopías *gauchistes* que imperaban hasta entonces (y que acaban perdiendo peso desde entonces), sino en las exigencias puras del individualismo democrático del que ya había hablado John Dewey en la primera mitad del siglo XX<sup>36</sup>. Esto explica por qué Mayo del 68 no se encarnó políticamente sino socialmente, tal y como Cohn-Bendit afirmaba, provocando, en este caso, la gran liberación de las costumbres.

Así pues, en el 68 se creó un caldo de cultivo óptimo para el paso del individualismo *democrático* al individualismo *revolucionario*, noción de la que se pueden extraer dos rasgos esenciales, a saber, la igualdad contra la jerarquía y la libertad –en tanto que autonomía- contra la tradición<sup>37</sup>.

De esta manera, según Touraine, en lo que él denomina como *modernidad tardía*:

Las ideologías políticas se agotan o degeneran, al punto que se valieron de ellas los regímenes totalitarios. Los debates económicos se profesionalizan a tal extremo que la gestión del Estado apenas parece ya diferente de la de las empresas privadas (tecnocracia): en ambos lados hay que adaptarse a una competencia mundial y a transformaciones tecnológicas aceleradas. A la inversa, son los problemas de la vida privada los que alimentan los grandes debates públicos<sup>38</sup>.

---

...construcción intelectual por medio de su análisis, mostrando así contradicciones y ambigüedades". REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la lengua española, 23.ª ed., [versión 23.3 en línea]. <https://dle.rae.es>. Consultado el 12 de septiembre de 2020.

<sup>35</sup> FERRY, L. y RENAUT, A., op. Cit., 1987.

<sup>36</sup> DEWEY, J., *Viejo y nuevo individualismo*. Barcelona, Paidós, D.L., 2003. Obra original publicada en 1930.

<sup>37</sup> SÁNCHEZ PRIETO, J.M., op. Cit., pp. 110-114.

<sup>38</sup> TOURAINE, A., op. cit., pp. 53-80.

Por consiguiente, el relativismo cultural y social que caracteriza a la movilización social posmoderna viene a constituir precisamente una evolución de dicho individualismo democrático, cuya consecuencia más inmediata se encuentra en la radicalización del proceso de atomización de lo social. Esa ausencia de verdades absolutas surgida como reacción frente a la Modernidad –que acabó afectando incluso a las tenidas hasta entonces por *ciencias exactas*- se acabó tornando en una disgregación de la comunidad, lo cual no significa necesariamente una anulación o desaparición de la misma. El anti tradicionalismo que surgió en la posmodernidad generó de forma natural una nueva cultura de la autenticidad, en la que encontramos un nuevo valor supremo: ser *uno mismo* en su propia singularidad y unicidad inalienable<sup>39</sup>. Esto generó una sistematización de un comportamiento novedoso: frente a la norma exterior, sea cual sea, se reivindica el derecho a afirmar la diferencia, sea cual sea.

Siguiendo el análisis de Enrique Laraña, los conflictos en la sociedad contemporánea están relacionados con este profundo nivel individual donde se forma el sentido y sobre el que se extienden nuevas formas de dominación. Pero no debemos entenderlo como un individualismo a un nivel psicológico, sino que, más bien, forma parte de un nivel estructural de la vida social, cada vez más localizado en la experiencia interior de los individuos. Así, la nueva cuestión social deriva del hecho de que los conflictos se desplazan del sistema económico-industrial hacia el ámbito cultural, centrándose en la identidad personal, el tiempo y el espacio de vida, la motivación y los códigos del actuar cotidiano<sup>40</sup>.

Vemos, pues, un cambio fundamental en el foco de la lucha: se abandona el campo político para adentrarse plenamente en la reivindicación cultural. Los movimientos de las sociedades industriales, de forma general, y el movimiento obrero, en particular, se auto concebían como representantes de la historia, del progreso y de la sociedad de la abundancia. Este relato teleológico fundamentado en las utopías constituía la motivación principal de la lucha social. Los revolucionarios del siglo XIX eran creyentes en que el progreso era clave en la sociedad, pero ese progreso debía pasar de manos de la burguesía a manos del proletariado. Sin embargo, el siglo XX sirvió para demostrar que tales utopías

---

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 112-114.

<sup>40</sup> LARAÑA, E., *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994, pp. 12-45.

podían traer aparejadas consecuencias indeseables para una parte considerable de la sociedad.

Por consiguiente, los Nuevos Movimientos Sociales abandonaron aquel sueño revolucionario de conquista del poder y de productivismo. En el momento en el que se abandonó ese ideario teleológico y modernista, todo el discurso sobre la razón y el progreso comenzó a encontrarse con sus propios límites, pues ya no era *conditio sine qua non* para liberar a la sociedad. Y fue así cómo se rompió con el mito comunista soviético que había dominado la izquierda desde 1917, dejando de apelar a la clase obrera como sujeto histórico de la revolución.

La joven filósofa argentina Luciana Cadahia puede considerarse como uno de los mayores exponentes del pensamiento político de la actualidad y, en sus trabajos, indaga en el origen y desarrollo de este abandono del discurso de clase en los Nuevos Movimientos Sociales. Ella ha detectado cómo:

Cuando uno se acerca a sus textos, se descubre un misterioso *pastiche* donde una cosa y su contrario son expresados en un mismo párrafo. Así, asistimos a una prosa bélica y pacifista, teológica y atea, xenófoba e igualitaria, nihilista y voluntarista, identitaria y aperturista [...]. Pero la única antinomia que no vemos operar allí [...] es la categoría de clase. [...] Descubrimos una unilateralidad que apunta a naturalizar las desigualdades sociales y el sistema de privilegios de clase [...] Como si esta versión deformada y abigarrada de los estudios culturales hubiera encontrado la manera de convertir la cultura de la diferencia en una perpetuación de las diferencias económicas<sup>41</sup>

En consecuencia, los problemas laborales y salariales perdieron relevancia, dando paso a un protagonismo de los derechos culturales en las subsiguientes reivindicaciones posmodernas, eminentemente interclasistas. Este proceso se dio necesariamente condicionado por la formación de nuevos actores en el panorama social y por el protagonismo de aquella “clase media” que empezó a convertirse en mayoritaria en las sociedades occidentales.

Por ello, Touraine vio en la defensa de los derechos culturales y sociales de los individuos y de las minorías el objetivo primordial de los Nuevos Movimientos Sociales,

---

<sup>41</sup> CADAHIA, L., “Batallas de la sensibilidad: el populismo como alternativa al fascismo” en GUAMÁN, A., ARAGONESES, A., MARTÍN, S. (dirs.), *Neofascismo. La bestia neoliberal*, Madrid, Siglo XXI, pp. 64-65.

logrando así oponerse tanto al imperio del mercado como a la dominación de los movimientos de inspiración comunitarista<sup>42</sup>- La ambigua defensa del derecho de todas las personas a una existencia libre y “humana” se convirtió, por ende, en la lucha principal. La igualdad cultural sustituyó, así, a la igualdad social y económica; el Sujeto sustituyó a la Clase.

El politólogo Franklin Ramírez Gallegos ve precisamente en esta búsqueda de la libertad de cariz individualista los rasgos identitarios de lo que él denomina «régimen libertario de libertad» («a libertarian order of freedom»)<sup>43</sup>. Para este autor, el surgimiento de este orden político-social de *autoritarismo libertario*, heredero directo del neoliberalismo progresista, es un resultado del desmonte del vínculo social, de la solidaridad colectiva y del bienestar público resultado de la segunda mitad del siglo XX:

Una sociedad así desintegrada se priva de resguardar a los individuos, que pasan a demandar el despliegue de una autoridad fuerte que asegure el orden, refuerce los vínculos comunitarios (sobre todo familiares), blinde a las clases trabajadoras y medias frente a las incertidumbres de la experiencia social y los proteja de las amenazas de los “múltiples otros” (inmigrantes, minorías étnicas, refugiados, terroristas)<sup>44</sup>.

De este modo, la necesidad de protección y resguardo tanto físico como afectivo que caracteriza a una parte importante de la sociedad posmoderna explica precisamente el surgimiento de una nueva forma de ejercer la política, que puede estudiarse como una evolución del populismo clásico decimonónico y de inicios del siglo XX. Así pues, queda patente el influjo de los Nuevos Movimientos Sociales en la tendencia política populista, que buscó adaptarse a las nuevas necesidades de la sociedad de post-industrial y comenzó a dar respuestas novedosas a esa coyuntura.

---

<sup>42</sup> TOURAINE, A., op. Cit., pp. 53-65.

<sup>43</sup> RAMÍREZ GALLEGOS, F., “La pendiente neoliberal: ¿Neofascismo, postfascismo, autoritarismo libertario?” en GUAMÁN, A., ARAGONESES, A., Y MARTÍN, S., (dirs.) *Neofascismo. La bestia neoliberal*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, pp. 19-39.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pp. 28-29.

## 5. EL POPULISMO: ¿ES POSIBLE DEFINIRLO?

¿Puede un término, surgido en la práctica política y aceptado en muy diversos idiomas, carecer de sentido? ¿Debemos renunciar a definirlo ante la ambigüedad o multiplicidad de contenidos que parece abarcar? Esto es lo que proponen algunos politólogos ante el vocablo *populismo*<sup>45</sup>.

El concepto de populismo es sumamente complejo, tanto por la amplitud de su concepción, como por la falta de consenso en su aplicación. Se trata de una noción que carece de unidad ideológica, siendo imposible detectar un núcleo común en la metodología de aplicación teórica, en el estilo de gobierno, en la base social o en los propósitos de sus líderes. Ni siquiera es posible dictaminar con certeza su naturaleza ontológica, ¿es un movimiento o un régimen político?, ¿o más bien un tipo de discurso o un programa político?, ¿o, quizás, la forma más prudente de definirlo sea como un simple estilo de actuación que caracteriza a personajes, movimientos y regímenes?<sup>46</sup>

A pesar de que el carácter equívoco y confuso del populismo reduzca su uso en el mundo académico, este se emplea con gran vehemencia en diversos ámbitos de la sociedad, desde los contextos más desinhibidos de la opinión pública hasta los registros más formales del discurso político<sup>47</sup>.

Y es que, aunque es un término que hunde sus raíces en el siglo XIX, ha sufrido una intensa evolución en su contenido y forma, situación que ha desembocado en la ambigüedad y el carácter peyorativo de su concepción actual. Precisamente esta connotación negativa que parece envolver al término explica su profusa utilización en el ámbito público, pues resulta un *comodín* de gran utilidad para desacreditar a los contrarios.

Según Álvarez Junco, se trata de un fenómeno que difícilmente podemos clasificar utilizando un esquema clásico de la lucha de clases, modelo que como bien sabemos ha imperado en la praxis hermenéutica y metodológica de los historiadores e historiadoras del siglo pasado. Esto se debe principalmente a que el interclasismo constituye su característica inevitable. Si bien podemos encontrar casos variados de populismos que se autodefinen como movimientos agrarios, o proletarios, o de clases medias; lo habitual es

---

<sup>45</sup> ÁLVAREZ JUNCO, J., “Algunos problemas teóricos alrededor de los populismos”, *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 1, septiembre-diciembre 1988, p. 281.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 285.

<sup>47</sup> GARCÍA JURADO, R., “Las raíces del populismo. Los movimientos populistas del siglo XIX en Rusia y Estados Unidos”, *Argumentos*, 23, (63), México may./ago. 2010., pp. 267-288.

que los discursos populistas eviten cualquier contenido de clase y tiendan a apelar a la unidad popular o a la solidaridad del grupo, resistiéndose incluso a decantarse por «la izquierda» o «la derecha»<sup>48</sup>.

Y no solamente rechaza su inserción en la izquierda o en la derecha del espectro político, sino que el populismo ha suscitado críticas constantes por parte de ambos discursos. Paul Drake nos ofrece una muestra de los argumentos principales de estos juicios en su obra *Conclusion: Requiem for Populism*, donde, basándose en los discursos políticos predominantes entre 1920 y 1970, afirma que los conservadores hostigaron a los populistas acusándolos de agitadores demagógicos que exacerbaban las expectativas en las masas, fomentaban la inflación, ahuyentaban los capitales nacionales y extranjeros y ponían en peligro la estabilidad política. La izquierda, por contra, los llamaba charlatanes embaucadores de masas, consiguiendo que estas terminasen apoyando reformas paliativas que no hacían más que preservar las jerarquías existentes del poder y el privilegio<sup>49</sup>.

Esta naturaleza tan flexible, tan *líquida* -tomando prestada la acepción de Zygmunt Bauman<sup>50</sup>- ha supuesto un verdadero quebradero de cabeza para los numerosos historiadores, politólogos y sociólogos que han tratado de abordar la aprehensión de tan complejo fenómeno.

## 5. 1. APROXIMACIONES HISTORIOGRÁFICAS AL POPULISMO

Dada la imprecisión del concepto de populismo y la amplitud de fenómenos que han sido inscritos bajo este título, ha predominado, a la hora de estudiarlo, la estrategia descriptiva y de análisis de los diversos casos empíricos que abarca dicho término, a través de estudios comparados que toman como premisa una gran diversidad de rasgos entendidos como prioritarios para cada autor.

---

<sup>48</sup> ÁLVAREZ JUNCO, J., Op. cit, p. 285.

<sup>49</sup> DRAKE, P. W. 'Conclusion: Requiem for Populism?', en CONNIFF, M. L. (ed.) *Latin American Populism in Comparative Perspective* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1982, p. 240.

<sup>50</sup> Zygmunt Bauman utiliza la metáfora de la liquidez para explicar la sociedad y el *modus operandi* de la modernidad globalizada, por lo que en este caso, se ha utilizado para aludir precisamente ese componente de fluidez en el contenido y forma del fenómeno populista. BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2002.

En una conferencia realizada en Londres en mayo de 1967, Isaiah Berlín hizo famosa una caracterización del populismo que bautizó como “complejo de la Cenicienta”:

[...] Existe un zapato –la palabra 'populismo'– para el cual existe un pie en algún lugar. Existen toda clase de pies que casi lo pueden calzar, pero no nos deben engañar estos pies que casi ajustan a su medida. En la búsqueda el príncipe siempre vaga errante con el zapato; y en algún lugar, estamos seguros, espera un pie denominado populismo puro. Este es el núcleo del populismo, su esencia. Todos los otros populismos son derivaciones y variaciones de éste, pero en algún lugar se oculta, furtivo, el populismo verdadero, perfecto, que puede haber durado sólo seis meses, o haberse dado en un solo lugar... Este es el ideal platónico del populismo, todos los otros son versiones incompletas o perversiones de aquel<sup>51</sup>.

Isaiah Berlin trató de dar una definición clara del concepto de populismo ya en los años sesenta, caracterizándolo como «la creencia en el valor que posee pertenecer a un grupo o cultura»<sup>52</sup>. Así pues, toma como hilo conductor la autopercepción de la base social de los movimientos populistas, es decir, construye su definición desde la perspectiva de las masas.

Paralelamente, Peter Wiles cambiaba la dirección de su tesis, entendiéndolo como «todo credo o movimiento basado en la siguiente premisa principal: la virtud reside en la gente sencilla, que constituye la inmensa mayoría, y en sus tradiciones colectivas»<sup>53</sup>. En efecto, esta perspectiva ofrece una interesante descripción del fundamento ideológico de uno de las primeras muestras de populismo que encontramos en la Edad Contemporánea: el movimiento populista ruso de finales del siglo XIX. Tratando de sintetizar la naturaleza de este fenómeno, se podría definir, *grosso modo*, como un movimiento intelectual con inspiraciones revolucionarias que, a pesar de presentar dos claras vertientes una organizativa y -otra ideológica-<sup>54</sup>, su característica más sobresaliente era su confianza en la comuna campesina como base de una nueva organización social. Sin embargo, el contrapunto de esta idealización se encontraba en el inevitable componente paternalista de sus discursos, que conllevaban una condescendencia que conducía a buena parte de los populistas a ver al campesinado como un menor de edad necesitado de protección, educación y *conducción asistida*.

---

<sup>51</sup> ALLOCK, J.B., "Populism, a brief biography", *Sociology*, septiembre 1971, p. 385.

<sup>52</sup> BERLIN, I., HOFSTADTER, R. Y MACRAE, D., «To define populism», *Government and Opposition*, 3, 1968, pp. 137-79.

<sup>53</sup> WILES, P., «Un síndrome, no una doctrina: algunas tesis elementales sobre populismo», pp. 203-219, en IONESCU, G., y CELLNER, E. (comp.), *Populismo. Sus significados y características nacionales.*, Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1969.

<sup>54</sup> GARCÍA JURADO, R., Op. Cit., pp. 267-288.



Andrzej Walicki se orientó más bien hacia lo ideológico-programático, argumentando que el populismo es una reacción frente al desarrollo del capitalismo en Rusia y una respuesta tanto a la economía capitalista, como a las ideologías socialistas occidentales. Así pues, este autor presentó al populismo como «el socialismo que emerge en sociedades campesinas y atrasadas que se enfrentan con el problema de la modernización»<sup>55</sup>.

En esta misma línea que vincula al populismo con la teoría de la modernización encontramos la tesis de Calvert, que expuso en la misma conferencia que albergó la ciudad de Londres en 1967. En este caso, y ubicando el foco en el fenómeno populista latinoamericano, Calvert entiende el populismo como «un movimiento rural, defensor de los valores tradicionales en una sociedad rural»<sup>56</sup>.

Los argumentos de Germani también se encuentran circunscritos al panorama latinoamericano, y, de nuevo, asocian al populismo -en este caso entendido como una movilización social, pero urbana- con el proceso de modernización<sup>57</sup>. El trabajo de Germani, autor clásico en la literatura latinoamericana sobre el populismo<sup>58</sup>, estudia a este fenómeno como a un movimiento intrínsecamente relacionado con el tránsito desde una sociedad «tradicional» hacia una «moderna» o «industrial». Este autor explica, a través del análisis profundo de aquellos momentos en los que conviven en una misma sociedad las idiosincrasias «tradicional» y «moderna», rasgos muy interesantes de los movimientos populistas.

Así pues, ofrece una explicación coherente de los diversos (y abundantes) casos en los que un movimiento se ha declarado democratizador del sistema, encomiando formas de participación popular directa, y, sin embargo, ha generado relaciones de lealtad personal y de subordinación autoritaria hacia un *líder carismático*<sup>59</sup>. Igualmente, son esos momentos que Germani denomina de “simultaneidad de los no contemporáneos” el factor

---

<sup>55</sup> WALICKI, A., *The Controversy Over Capitalism: Studies in the Social Philosophy of the Russian Populists*, Oxford, Clarendon Press, 1969, pp. 1-29.

<sup>56</sup> Citado en CANOVAN, M., *Populism*, Londres, Junction Books, 1981, p. 4.

<sup>57</sup> GERMANI, G., *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 204.

<sup>58</sup> RETAMOZO, M., “La teoría política del populismo: usos y controversias en América Latina en la perspectiva posfundacional”, *Latinoamerica*, 64, p. 126.

<sup>59</sup> El término de *líder carismático* aplicado a la ciencia sociológica y política procede del trabajo del filósofo alemán Max Weber, quien describe el concepto a partir del carisma religioso, con un fuerte componente mesiánico muy interesante a la hora de aprehender el fenómeno del populismo. El desarrollo de esta noción se puede ver en sus obras: WEBER, M., *Economía y sociedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1922]; y WEBER, M., *La ciencia como profesión; La política como profesión*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, entre otras.

que explica que en un mismo movimiento se defiendan un retorno a valores «auténticos» o tradicionales de la cultura ancestral a la vez que se adoptan proyectos de desarrollo acelerado, que tratan de acercar el país a modelos «modernos»<sup>60</sup>.

Di Tella también utiliza Latinoamérica para esbozar su concepción del populismo, ampliando su base social con respecto a Germani, incluyendo tanto al mundo urbano como al rural, lo cual le permite definir al populismo como «un movimiento político que goza del apoyo de la clase obrera urbana y/o del campesinado, pero que no se concreta en una organización autónoma de poder de ninguno de estos dos sectores»<sup>61</sup>.

Frente a estas acepciones que vinculan el populismo de un modo cuasi hermético al mundo urbano o al rural, Canovan aborda el análisis del populismo desde una perspectiva comparada y descriptiva, siendo consciente de la diversidad inherente al término y aportando, en consecuencia, un amplio abanico de *definiciones* del mismo. Para enfrentarse a tal variedad, realiza una distinción esencial que convierte al populismo en un movimiento, en cierto modo, bipolar. Así pues, realiza una división entre un populismo agrario y otro que no es necesariamente rural, sino fundamentalmente político y basado en la relación entre el pueblo y las elites<sup>62</sup>.

Donald MacRae, por su parte, trata de definir el populismo desde otra naturaleza ontológica, estudiándolo en términos ideológicos, a través de una estrategia, de nuevo, descriptiva. Para él, se trata de:

Un programa de acción política que reúne las características siguientes: creencia en una comunidad y (por lo común) en un *Volk* como los únicos virtuosos; sentimiento igualitarista y contrario a todas las elites [...]; búsqueda de un pasado mítico para regenerar el presente; equiparación de la usurpación del poder con la conspiración extranjera; rechazo de toda doctrina que postule la inevitabilidad social, política o histórica; y, como consecuencia de esto último, creencia en un apocalipsis inminente e instantáneo, mediado por el carisma de los líderes y legisladores heroicos<sup>63</sup>.

Finalmente, es preciso detenerse en el trabajo de Ernesto Laclau, uno de los máximos exponentes del estudio del populismo desde una perspectiva holística y de gran actualidad. Para Laclau, el populismo es, ante todo, un discurso. Un discurso que interpela/constituye a los actores sociales como pueblo y que los inscribe en el marco de

---

<sup>60</sup> GERMANI, G., Op. Cit., pp. 200-216.

<sup>61</sup> Citado en ÁLVAREZ JUNCO, J., Op. Cit., p. 286.

<sup>62</sup> CANOVAN, M., *Populism*, Londres, Junction Books, 1981, p. 4.

<sup>63</sup> MACRAE, D., "Populism as an ideology" en IONESCU, G., GELLNER, E. (eds.) *Populism. Its Meanings and National Characteristics*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969, pp. 154-160.

un antagonismo específico<sup>64</sup>. En esta primera tesis, que se publicó en 1978, es evidente el fuerte influjo del marxismo como elemento vehicular de sus argumentos, constituyendo el materialismo histórico una referencia explicativa global para su concepto de “discurso”.

Más adelante, comenzó a centrar su trabajo en la relación entre el componente discursivo del populismo y la movilización de los afectos, debido, en parte, al giro post-marxista de finales del siglo pasado. Así pues, en obras como *La razón populista*, publicada en 2005, lo define como un proyecto que está realizándose constantemente a través de una política del lenguaje que movilice emociones y sentimientos. Por consiguiente, el populismo tiene como rasgo definitorio la toma conciencia de que la batalla es por el lenguaje, centrando en la política comunicativa toda su capacidad y desarrollando la utilización de lo que Laclau denomina “significantes vacíos”<sup>65</sup>.

---

<sup>64</sup> LACLAU, E., *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

<sup>65</sup> Para Laclau, es indispensable en el populismo la presencia de un significante vacío, que opera como aglutinante de la pluralidad. Esto es posible a través de la ruptura de la equivalencia entre significante y significado, lo cual permite al significante exceder un contenido particular y amalgamar otros que le son heterogéneos. De este modo, una demanda por “Tierra” puede hacerse equivalente con “Trabajo” o “Techo” y, en cierto modo, universalizarse como todo aquello negado por el *statu quo*. LACLAU, E., “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, *Emancipación y Diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996.

## 6. EL POPULISMO A TRAVÉS DE CASOS EMPÍRICOS.

### 6.1. ORÍGENES Y DESARROLLO DEL POPULISMO

El término populismo hunde sus raíces en el fenómeno político y social de los *naródniki* rusos. Por consiguiente, la primera vez que se utilizó el concepto de “populista” fue para definir a estos *revolucionarios* rusos de finales del siglo XIX, cuyo propio nombre deriva de la expresión rusa “yendo hacia el pueblo”.

No obstante, algunos autores encuentran una suerte de protopopulismos en la historia de Europa occidental<sup>66</sup>, fundamentándose en la dinámica interna de fenómenos como la rebelión de los campesinos ingleses y las *jacqueries* del siglo XVI, o en la *Bundschuh* y las guerras campesinas de la Reforma. Sin embargo, el término tal y como lo entendemos actualmente se acuñó en los siglos XIX y XX, por lo que en este trabajo se tomará como bases fundacionales del populismo los casos ruso y estadounidense.

#### 6.1.1. EL POPULISMO RUSO

Ya hemos visto que el primer movimiento social que es catalogado como populista es el que se dio en la Rusia de finales del siglo XIX. La emancipación de 1861 fue recibida con desencanto por los términos en lo que esta fue concedida. La desilusión fue acompañada por disturbios generalizados en el mundo rural y una enorme tensión en numerosas capas sociales, destacándose los ambientes de intelectuales y universitarios rusos, de quienes se desarrollaría el populismo ruso en la década de los setenta<sup>67</sup>.

Entre estos grupos culturales destacaron dos inclinaciones de especial trascendencia: los eslavófilos y los occidentalistas<sup>68</sup>. Entre ellos destacó la figura de Alexander Herzen, quien no apostaba por el proletariado como vanguardia revolucionaria, sino que veía en el campesinado la auténtica fuerza de poder

---

<sup>66</sup> IONESCU, G., GELLNER, E. (comp.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.

<sup>67</sup> GARCÍA JURADO, R.; “Sobre el concepto de Populismo”; *Estudios*, 103; vol. X; Ciudad de México, invierno 2012.

<sup>68</sup> GARCÍA JURADO, R., “Las raíces del populismo. Los movimientos populistas del siglo XIX en Rusia y Estados Unidos”, *Argumentos*, 23, (63), México mayo-agosto 2010, pp. 267-288.

transformador. Este mismo patrón de pensamiento lo seguía la mayoría de eruditos rusos de distintas ideologías: unos por los valores precapitalistas que el campesinado representaba, y otros por su potencial revolucionario para instaurar el socialismo. En cualquier caso, era el campesinado la base sobre la que se desarrolló el populismo ruso.

Los populistas rusos, entre quienes destacaron autores como Mijailovski, Lavrov o Chernichevski, criticaron abiertamente el modelo capitalista, considerándolo opuesto totalmente a la idea de progreso. Especialmente, señalaron la división social del trabajo como la institución que fomentaba la fragmentación de la sociedad humana, lo que, en consecuencia, impedía el progreso del ser humano y su desarrollo como individuo. A pesar de compartir algunos aspectos doctrinales con los marxistas, los populistas rusos se acercaron más al anarquismo, especialmente en la defensa de la importancia de la acción individual o el tránsito al socialismo de manera directa por vía campesina, sin la etapa de la dictadura proletaria<sup>69</sup>.

Desde un punto de vista más práctico, y más alejado del mero debate intelectual, la década de los ochenta vio cómo se desarrollaban dos organizaciones con aspiraciones revolucionarias: *Cherny Peredel* o Redistribución Negra, y *Narodnaia Volia* o Voluntad Popular que, de marcada influencia anarquista, llevó a cabo el asesinato del zar Alejandro II en 1892, paradójicamente el más reformista de los zares.

En definitiva, el populismo ruso no fue un movimiento popular, pues en él no participaron los sectores populares de manera directa. Sí fue, sin embargo, un movimiento de inspiración popular, pues estuvo integrado por estudiantes e intelectuales que, influidos por los valores y principios de las comunidades agrarias rusas, buscaron una forma de construir una nueva sociedad.

---

<sup>69</sup>Ibid, pp. 267-288.

### 6.1.2. EL POPULISMO ESTADOUNIDENSE

La segunda mitad del siglo XIX constituye un periodo de grandes cambios en Estados Unidos, tanto económicos como sociales. Como en la Europa de este periodo, la industrialización transformó todos los aspectos de la vida estadounidense. El sector primario, agrícola, comenzó a ver cómo la industria, antes incipiente, se iba convirtiendo en la base de la economía norteamericana. Consecuentemente, se produjo un evidente desarrollo de la urbanización, con grandes masas de población emigrando a unas ciudades que empezaban a multiplicar su número de habitantes.

La industrialización, además, afectó de manera directa al campo. La mecanización modificó al sector por completo, pues hizo que muchos trabajadores del campo resultaran innecesarios, lo que supuso una reducción en la fuerza humana de trabajo. Del mismo modo, muchos granjeros y agricultores estadounidenses “se integraron en las redes de crédito bancario y financiero”<sup>70</sup>.

Así, con la mecanización, muchos agricultores comenzaron a hacer gastos superiores a los que podían permitirse, realizando grandes inversiones en máquinas que apenas podían pagar. Por lo tanto, muchos pequeños agricultores se arruinaron tempranamente y los pequeños propietarios autosuficientes fueron desapareciendo paulatinamente, mientras que los grandes propietarios agrícolas fueron concentrando cada vez más sus posesiones. La creciente competencia internacional en un mercado progresivamente más globalizado y las malas cosechas obtenidas en los años 80 del siglo XIX no hicieron más que contribuir al empobrecimiento de una población agrícola ya de por sí muy mermada<sup>71</sup>.

Este contexto económico y social contribuyó a extender un clima de descontento general entre las masas de población rural, con el campo norteamericano como escenario principal. En un momento en el que se habían constituido ya movimientos organizados de empresarios, banqueros y obreros industriales, los trabajadores agrícolas comenzaron a seguir sus pasos. Entre los años sesenta y ochenta, se sucedieron distintos movimientos y organizaciones de agricultores a escala nacional como fueron la *Grange* (o *Patrons of*

---

<sup>70</sup> *Íbid.*

<sup>71</sup> NEVINS, A.; COMMAGER, H.S.; MORRIS, J., *Breve historia de los estados unidos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1992, pp. 527-535.

*Husbandry*) o las *Farmer's Alliances* con motivaciones sociales, en el caso de la primera, y políticas, en las segundas<sup>72</sup>. Fueron estas las que más se centraron en la formación y educación política de los trabajadores del campo. En este proceso instructor destacaron los conferencistas que, “imitando a los predicadores de la región, divulgaron una enorme cantidad conocimiento político”<sup>73</sup>.

Estas organizaciones, junto a un número de agricultores cada vez más descontentos y con una mayor conciencia política y social, acabarían por confluir en 1892, cuando se creó el Partido del Pueblo, habitualmente llamado *populista*. Sus reivindicaciones, así como sus integrantes, eran muy heterogéneas y se basaban más en demandas puntuales y concretas que en seguir un determinado *corpus* ideológico: acuñación ilimitada de la plata; la confiscación de la tierra en manos especulativas y absentistas; el impuesto progresivo sobre la renta; reducción de la jornada laboral; reformas al sistema electoral —voto secreto, plebiscito, elección directa de senadores, etcétera—; reducir la corrupción de las grandes compañías; propiedad estatal de los ferrocarriles, teléfonos y telégrafos, y la restricción de la inmigración<sup>74</sup>.

Como vemos, este movimiento, que llegó a aglutinar a un gran número de votantes y seguidores, trataba de expresar la situación de descontento de una gran parte de la población estadounidense. Con su derrota electoral, el Partido *Populista* comenzó a desvanecerse hasta desaparecer casi por completo a finales de la década de los noventa; sin embargo, muchas de sus reclamaciones serían retomadas años después por las nuevas clases medias que anteriormente habían despreciado a los populistas y sus reivindicaciones, a quienes vinculaban, erróneamente, con el anarquismo o el socialismo.

---

<sup>72</sup> *Íbid.*, p. 535.

<sup>73</sup> GARCÍA JURADO, R, Op. Cit.

<sup>74</sup> *Íbid.*, 267-288.

## 6. 2. LA EVOLUCIÓN DEL POPULISMO

### 6.2.1. EL POPULISMO A TRAVÉS DE CASOS EMPÍRICOS

La primera sentencia que podemos afirmar en torno al populismo es que se trata de un concepto nuevo, pues apenas comenzó a configurarse a finales del siglo XIX, lo cual explica las dificultades que han existido (y existen) al tratar de fijar su significado.

A partir de estas primeras experiencias de populismo que hemos estudiado, muchas otras han sido consideradas también como tal: el movimiento socialista de Mao Tse-Tung, los fascismos europeos del periodo de entreguerras en Italia, en Alemania y en las potencias colaboracionistas. Incluso el panarabismo y socialismo árabe de Nasser en Egipto o las distintas formas de abordar el socialismo durante la primera ola socialista africana, pasando por las experiencias latinoamericanas del siglo XX, son estudiadas como experiencias populistas, al encajar en alguno de los rasgos que definen el término.

Por consiguiente, para estudiar la evolución del populismo, es necesario realizar un breve recorrido por los casos más paradigmáticos en su estudio -siendo consciente de que una gran cantidad de ejemplos de prácticas populistas no pueden ser incluidas en este trabajo-. Pero antes, y para no olvidar el populismo en España, considero interesante hacer unos pequeños apuntes sobre el mismo.

Álvarez Junco es artífice de buena parte del armazón teórico sobre el populismo en España. En su obra *El populismo como problema*, establece como rasgo identitario del discurso populista un flagrante anti-intelectualismo, que se traduce en una carencia doctrinal y pragmática con radicalismos verbales. Un excelente ejemplo de esta dinámica lo encontramos en los radicales españoles del 1900, un caso paradigmático de populismo español<sup>75</sup>.

De este modo, la estrategia discursiva de Alejandro Lerroux, a fin de encubrir esas lagunas teóricas, tendía a suplantar las reivindicaciones concretar por objetivos desmesurados o *totales*<sup>76</sup>. Tal y como hemos visto previamente con el estudio de Ernesto Laclau, los *significantes vacíos* sirven para universalizar el significado de los conceptos utilizados en esos discursos. De ahí que Lerroux demandara “una profunda revolución

---

<sup>75</sup> ÁLVAREZ JUNCO, J., “El populismo como problema” en ÁLVAREZ JUNCO, J., GONZÁLEZ LEANDRI, R. (comps.), *El populismo en España y América*, Madrid, Catriel, 1994, pp. 12-13.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 13.



que *todo* lo destruye y lo reforme”, para lo cual “Hay que atacarlo *todo* y atreverse con *todo*. Demoler y renovar, crear de nuevo: he aquí el fin sagrado de la revolución”<sup>77</sup>.

Si bien breve, esta experiencia es muy elocuente para deducir buena parte de los rasgos que definieron la retórica populista del siglo XX. De hecho, en 1901, se presentó a las elecciones *sin programa*, únicamente con un manifiesto, alegando que “no caben [sus] aspiraciones en ninguno de los [programas] conocidos”<sup>78</sup>. En este punto, podemos detectar una de las características que más se asocian al populismo: la demagogia. Este término ya se podía intuir en el estudio del discurso populista de Laclau mencionado anteriormente, y es que se trata de una estrategia política que apela directamente a emociones, expectativas y miedos de sus oyentes, a fin de ganarse el apoyo de las masas populares<sup>79</sup>.

En el panorama europeo, algunos autores coinciden en nombrar como precedente y precursor directo del populismo moderno a Napoleón III<sup>80</sup>, a través de aquellos discursos *totalizadores* que caracterizaron a su campaña política: *Plus d'impôts, à bas les riches, à bas la république, vive l'Empereur!* (¡Basta de impuestos, abajo los ricos, abajo la república, viva el emperador!)<sup>81</sup>. Pero fue a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX cuando empezó a configurarse una coyuntura ideológica y social que propició la génesis del populismo contemporáneo tal y como lo entendemos hoy.

Y si la cultura decimonónica fue la madre del populismo embrionario, el siglo XX acabó de perfilar en la *praxis* el desarrollo político del mismo. El repudio a las elites, la preeminencia del anti-intelectualismo, una política irracionalista y el rechazo al gobierno ordenado y adaptado a objetivos racionales formaban parte de la idiosincrasia romántica de la Europa de fines del siglo XIX. Y como ya se ha mencionado previamente en este trabajo, fue Friedrich Nietzsche quien aportó en el último cuarto del XIX las bases teóricas de esa alabanza a la vigorosidad, la vitalidad y la juventud<sup>82</sup>. Y precisamente esa cosmovisión permitió el surgimiento de un fenómeno como el fascismo.

---

<sup>77</sup> *El Progreso*, 24-IX-1899 y 16-IV-1899. Citado en ÁLVAREZ JUNCO, J., Op. Cit., p.13.

<sup>78</sup> Cit. En ÁLVAREZ JUNCO, J., Op. Cit.

<sup>79</sup> LASSALLE, J.M., *Contra el populismo. Cartografía de un totalitarismo posmoderno*, Barcelona, Debate, 2017.

<sup>80</sup> ALVEAR SANIN, J., “El padre del populismo moderno”, *El Tiempo. Diario digital*, noviembre 1992.

<sup>81</sup> Cit. en MARX, K., *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, 1849. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/francia/francia4.htm>

<sup>82</sup> NIETZSCHE, op. Cit.

El fascismo ha sido reconocido habitualmente como un fenómeno populista por autores de muy diversa trayectoria, como el ya citado Álvarez Junco<sup>83</sup>. Para defender esta inscripción del movimiento fascista dentro de las acepciones del populismo, es sencillo vislumbrar numerosos rasgos que permitirían definirlo como tal.

En primer lugar, los fascismos clásicos se apoyaron en principios democráticos *a priori* a fin de llegar al poder a través de elecciones, si bien evolucionaron rápidamente hacia soluciones totalmente autoritarias y dictatoriales. Para conseguir movilizar a las masas en sus campañas electorales, recurrieron a una retórica emocional, a un discurso auto satisfactorio y tremendamente victimista, tal y como vemos con el *mito* de la “victoria mutilada” en el caso italiano, y con el recurso de la “puñalada por la espalda” en el caso alemán.

Igualmente, en ambos casos se da la concentración de poderes en el caudillo, que representa, de nuevo, a aquel líder mesiánico de componente weberiano. Ajustándonos al concepto de “autoridad carismática” de Weber, en los fascismos encontramos una forma de dominación política basada en el heroísmo y en cierta vocación de sus seguidores, que conformaron una comunidad que se mantuvo unida gracias precisamente a la creencia en el líder y su “misión”:

Los seguidores del fascismo y de Mussolini eran, según la conocida investigación del historiador Emilio Gentile sobre «la sacralización de la política», creyentes de una «religión política» y adeptos de una «liturgia fascista», que glorificaba al Estado y a la nación, desarrollada en manifestaciones de masas, desfiles y marchas<sup>84</sup>.

Finalmente, los fascismos también quedan definidos por su capacidad de respuesta a las distintas situaciones políticas a las que se enfrentaron a través de recursos coercitivos y de la supresión de ciertas libertades individuales. Y es que para autores como Federico Finchelstein, comprender el populismo sin su noción autoritaria de liderazgo es difícil.

No obstante, en su obra *Del fascismo al populismo en la historia*, Finchelstein trata de desarrollar argumentos que expliquen por qué el fascismo no es populismo. Parte de la premisa de que el populismo (en su acepción *moderna* y principalmente

---

<sup>83</sup>ÁLVAREZ JUNCO, J., “Algunos problemas teóricos alrededor de los populismos”, *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 1, septiembre-diciembre 1988, p. 293.

<sup>84</sup>CASANOVA, J., *Europa contra Europa, 1914-1945*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 77.

latinoamericana) constituye, más bien, una reformulación del fascismo de entreguerras, pero en ningún caso el fascismo puede considerarse populista.

La causa de esta tesis la encontramos en que el autor argentino entiende el populismo como una forma de democracia, y al fascismo como una forma de dictadura. Sus argumentos son muy reveladores, pues, los populistas, a diferencia de los fascistas, se circunscriben a la práctica electoral, por lo que no dudan en ceder el poder tras perder una elección. Eso se debe a que el populismo, aunque similar al fascismo al combinarse con las ideas de nación y de pueblo, vincula estos reclamos *totalizadores* de representación nacional popular con decisiones únicamente electorales, rechazando por ello la forma fascista de dictadura y deviniendo, más bien, en una forma autoritaria de democracia<sup>85</sup>.

Por consiguiente, según Finchelstein, no hay dictadores populistas. En el momento en el que deja de haber elecciones reales, no se puede hablar de populismo, sino de dictadura. Tal y como hemos visto, el fascismo en sus casos más paradigmáticos, a saber, Alemania e Italia, llegó al poder a través de la democracia y, una vez allí, creó una dictadura. El populismo, sin embargo, hace lo contrario.

Esta sentencia la fundamenta, tal y como se ha citado anteriormente, atendiendo a los casos primigenios de populismo latinoamericano: en primer lugar, el peronismo, en 1946 y, apenas unos años después, el régimen de Getúlio Vargas en Brasil, en 1951. Ambos casos sirven para ejemplificar esta dinámica en la *praxis* política de la que habla Finchelstein: llegaron al poder desde la dictadura y la destruyeron (o *deconstruyeron*) desde dentro para crear una democracia<sup>86</sup>.

Las similitudes entre los fenómenos fascistas y populistas latinoamericanos son evidentes, por supuesto, sobre todo en la equivalencia de opositores políticos y antipueblo, y en el modelo de soberanía nacional “estética” que ambos implementan, acudiendo al término ya clásico de la “estetización de la política”<sup>87</sup>. No hay más que ver las grandes concentraciones de masas que se aglomeraban en aquellas plazas, sintiendo

---

<sup>85</sup> FINCHELSTEIN, F., *From Fascism to Populism in History*, Oakland, University of California Press, 2017.

<sup>86</sup> *Ibid.*, pp. 150-180.

<sup>87</sup> La primera vez que este concepto fue utilizado y desarrollado lo encontramos en el ensayo de Walter Benjamin *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, que se remonta a 1936.

reforzado su sentimiento de pertenencia, a través de un simulacro de participación activa y de conformación de una Unidad<sup>88</sup>.

El populismo concibe al pueblo como Uno, es decir, como una entidad única y, sin embargo, tripartita, al constar de líder, seguidores y nación. Por ello, Finchelstein concluye que esta especie de *trinidad* de soberanía popular tiene sus raíces en el fascismo, pero, en el caso del populismo, debe ser confirmada con los votos. Y los propios líderes populistas son conscientes y buscan reafirmar esta diferenciación.

De hecho, un claro ejemplo de esta auto percepción como algo separado del fascismo lo encontramos en una anécdota que incluye el mismo autor en su obra: "La aguanté durante un rato, hasta que no pude más y le dije que su marido no gobernaba con los votos del pueblo, sino con la imposición de una victoria. A la gorda no le gustó ni medio". La "gorda" era Carmen Polo, esposa de Francisco Franco; y quien pronunció estas palabras, Eva Perón, esposa de Juan Domingo Perón, tras una visita a España en 1947<sup>89</sup>.

Dejando a un lado a América Latina y siguiendo con otros lugares donde movimientos o partidos populistas tuvieron relevancia, destacan algunos países del África negra. Si bien muchas de estas naciones recién independizadas se proclamaron socialistas –buscando un claro apoyo de las potencias enemigas de las antiguas metrópolis–, lo cierto es que algunas de ellas se guardaron de no adherirse a ninguna corriente política, sino que buscaron aplicar medidas puntuales a su realidad concreta.

En este grupo podemos incluir la Senegal de Leopold Sedar Senghor o la Tanzania de Julius Nyerere. En el primer caso, se abogaba por la unidad de todo el pueblo senegalés en defensa de los valores negro-africanos frente a un enemigo exterior. En el segundo caso, se pretendía lograr fortalecer el sentimiento de cohesión popular apelando a la tradición y la vuelta a las raíces precoloniales tanzanas, estableciendo la unión de todo el pueblo tanzano<sup>90</sup>.

---

<sup>88</sup> Ver Anexo II para la estética de los discursos fascistas y de Perón.

<sup>89</sup> FINCHELSTEIN, F., op. Cit.

<sup>90</sup> KABUNDA, M., "Ideologías y experiencias de integración regional en África. Problemas y perspectivas". Tesis doctoral dirigida por Santiago Petschen Verdaguer. Universidad Complutense, Facultad de ciencias políticas y sociología, Departamento de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales, Madrid, 1992; pp. 530-540.

Al igual que en el caso del populismo ruso de finales del siglo XIX, aquí se defiende una vuelta a la tradición campesina, ensalzando la vida rural como una forma de vida opuesta al *statu quo* presente. Si en el caso ruso eran las comunidades rurales las que suponían, a ojos de los intelectuales, el último bastión frente a la desigualdad liberal-capitalista. En el caso senegalés y tanzano, era la vuelta al modo de vida precolonial lo que acabaría con la miseria de la etapa colonial y permitiría el progreso del pueblo africano.

En cuanto al mundo árabe, la doctrina panarabista, impulsada por el líder egipcio Gamal Abdel Nasser y defendida por numerosos estados árabes como la Libia de Muamar el Khadafi, la Siria de Hafez el Asad o la Irak de Saddam Hussein. En estos casos, se vivió un proceso similar al comentado en el caso del África negra, donde los líderes de estas naciones buscaron más atraerse a los “enemigos de sus enemigos” que dotar a su ideología de un *corpus* dogmático claro.

El caso más paradigmático en estos países es el de Nasser y el *nasserismo*, por ser este el líder que inspiró al resto de mandatarios árabes de la región. Fue el jefe egipcio el que abanderó, según diversos autores, un gobierno marcadamente populista<sup>91</sup> y es que algunas de sus principales proclamas pueden asociarse muy fácilmente a la retórica del populismo: democracia real, lucha contra la corrupción de unas elites apoyadas desde el exterior, o búsqueda de la total independencia de Egipto y su conversión en potencia árabe.

Para Torcuato Di Tella, el nasserismo debía ser asemejado al populismo latinoamericano de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, el modelo de Nasser difería de estos por las diferentes condiciones económicas, sociales y políticas existentes en Oriente Medio. Ya en los años setenta y ochenta, otros autores, como Mark Cooper o Fouad Ajami defendían la visión de Di Tella. Cooper, de hecho, se refirió al régimen como “populismo burocrático”, una forma de gobierno que impulsaba políticas anticapitalistas mientras promovía alianzas corporativistas<sup>92</sup>.

Por su parte, Ajami afirmaba que el gobierno de Nasser buscó aplicar medidas que le garantizaran tanto el apoyo de buena parte de la población egipcia como de los

---

<sup>91</sup> PRIEGO, A., “Populismo islámico y globalización”, *Revista Cidob d’Afers internacionals*, 119, Barcelona, 2019, p. 171.

<sup>92</sup> PODEH, E. y WINCKLER, O. (eds.), *Rethinking Nasserism. Revolution and Historical Memory in Modern Egypt*, Gainesville, University Press of Florida, 2004, p. 22

sectores más poderosos e influyentes, apelando a grupos sociales muy diversos (trabajadores, burócratas, terratenientes, estudiantes, etc.). Fue, en definitiva, un Estado que intentó convertirse en muchas cosas para muchos grupos<sup>93</sup>.

### 6.2.2. ¿TIENEN ALGO EN COMÚN?

A partir del estudio de la trayectoria que han experimentado distintos casos empíricos de populismo, se pueden extraer una serie de rasgos comunes en los populismos. Sin embargo, no son más que conclusiones eminentemente inductivistas, extraídas de casos particulares, a fin de elaborar un *statement* general, por lo que presentan vacíos, dada su naturaleza incompleta.

En todo caso, se pueden sustraer una serie de elementos comunes que se pueden enumerar sucintamente. En primer lugar, la apelación al pueblo y a sectores sociales excluidos del panorama político que han tenido como demanda tradicional la participación política activa y directa. Ya sea desde la alabanza e idealización de las clases populares, como en el caso del populismo ruso, o tratando de atraerse a los más diversos grupos sociales, como en el nasserismo; en todos los casos estudiados se ha elaborado una retórica dirigida al pueblo, que acabó sintiéndose parte de ese simulacro de participación democrática.

En segundo lugar, implica la construcción del pueblo en tanto que Unidad en oposición a los “múltiples otros”, frente a cuyas amenazas el líder populista brinda protección. Este punto está estrechamente vinculado con la existencia de un líder carismático, un “caudillo” o jefe popular que juega un papel fundamental en la conformación y en la supervivencia del movimiento. En Latinoamérica, Perón y Vargas son los dos casos más claros, pero también pueden cumplir esa naturaleza de líderes mesiánicos Haya de la Torre, Paz Estenssoro, Betancourt, Cárdenas, Pepe Figueres, Brizola, etc<sup>94</sup>.

Además, como hemos visto, los populismos no solo se producen en momentos de crisis y frustración social, sino que habitualmente se desarrollan en momentos de

---

<sup>93</sup> *Íbid.*, p. 23.

<sup>94</sup> LÖWY, M., “Transformación del populismo en América Latina”, *Utopías del sur*, 3, Buenos Aires, primavera 1989, pp. 6-9.

transición, presentando aquellas “asíncronías entre contemporáneos” sobre las que teorizaba Germani. Esto conlleva la existencia de antinomias ideológicas y de contradicciones políticas en sus discursos, en tanto que mezclan elementos “tradicionales” y “modernos”.

Precisamente los discursos son otro rasgo definitorio de los populismos, tratándose en la mayoría de casos de discursos *totalizadores* que buscan universalizar sus significados a través de una retórica de “transformación total”, de carácter casi apocalíptico: es necesario acabar con *todo* lo que conocemos para lograr el nacimiento de un nuevo mundo.

Finalmente, desde la perspectiva ideológica y de *praxis* política, hemos visto que es habitual que su ideario político, si bien difuso y ambiguo, ha tendido a situarse en lo que actualmente denominamos *tercera vía*, rehuendo de situarse de forma clara en una u otra posición del espectro político, ya sea en la “izquierda” o la “derecha”, ya sea en el bloque “capitalista” o en el “socialista”. De este modo, el *poder populista* constituye una suerte de régimen *bonapartista*, presentándose como árbitros por encima de las clases, buscando, por ende, trascender la clásica lucha de clases. Löwy, en su trabajo, dedicado fundamentalmente al populismo latinoamericano, detecta, pues, cómo, para ganarse el apoyo de los trabajadores, el poder populista puede realizar importantes concesiones, bajo la forma de aumentos salariales, salario mínimo garantizado estabilidad en el empleo, seguridad social, etc.; sin embargo, al mismo tiempo, se garantiza que toda movilización independiente de los trabajadores sea reprimida, sometiendo a los sindicatos al estado<sup>95</sup>.

Finalmente, vemos cómo el crecimiento del populismo obedece a una fuerte frustración social, surgiendo como respuesta ante momentos de crisis en los que las desigualdades son crecientes, por lo que explotan los sentimientos de inseguridad de amplios sectores populares, centrando tal percepción en chivos expiatorios fáciles<sup>96</sup>.

Aun con todo, los rasgos aquí extraídos están intrínsecamente relacionados con los casos empíricos tratados en este trabajo, por lo que constituyen una pequeña muestra de todo el conglomerado definitorio de lo que entendemos por populismo<sup>97</sup>.

---

<sup>95</sup> *Íbid.*, p. 8.

<sup>96</sup> RODRÍGUEZ-AGUILERA, C. “El fantasma del populismo recorre Europa”, *Notes internacionals CIDOB*, 85, marzo 2014, pp. 1-4.

<sup>97</sup> Ver Anexo III para profundizar en los distintos rasgos detectados por Álvarez Junco.

## **7. EL NEOPOPULISMO COMO CASO PARTICULAR DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES**

A través del estudio de los casos empíricos de populismo vistos en este trabajo, se puede observar una localización histórica de los populismos clásicos entre las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Sin embargo, el fracaso de estos regímenes propició el surgimiento de una nueva coyuntura político-social que auspició, a su vez, el surgimiento de nuevas formas de entender y aplicar el poder político.

Así pues, a fin de adentrarnos en los elementos constitutivos del denominado Neopopulismo, es interesante situar cronológica y geográficamente los casos de regímenes populistas y neopopulistas de las últimas décadas. Varios autores coinciden en la necesidad de dividir los populismos en diversas “olas”, aunque para este trabajo, se han utilizado los enfoques de Susanne Gratius<sup>98</sup> y de Federico Finchelstein<sup>99</sup>, quienes distinguen la existencia de tres y cuatro “olas” respectivamente:

- El populismo nacional o clásico, según Gratius y Finchelstein respectivamente, personificado por Juan Domingo Perón en Argentina (de 1946 a 1974) y Getúlio Vargas en Brasil, entre 1951 y 1954. Este populismo tiene su génesis en torno a los años cuarenta del siglo XX y, además de los dos casos paradigmáticos ya mencionados, podemos añadir el gaitanismo en Colombia a finales de la década de los 40, y el régimen de Lázaro Cárdenas en México (de 1934 a 1940).

Finchelstein extiende este populismo clásico hasta los años setenta, incluyendo la era de José María Velasco Ibarra en Ecuador (de 1930 a 1970), así como experiencias populistas de posguerra en países como la Venezuela de Rómulo Betancourt (1945-1964) y Bolivia en los años cincuenta.

El objetivo y los rasgos de este populismo coinciden con los expuestos en el epígrafe anterior, con un discurso de inclusión de las clases populares en el Estado, en pos de crear una unidad nacional. Surgió igualmente como

---

<sup>98</sup>GRATIUS, S., *The Third Wave of Populism in Latin America*, FRIDE, octubre 2007.

<sup>99</sup>FINCHELSTEIN, F., Op. Cit.



respuesta a las condiciones de desigualdad social creciente y a la crisis institucional que estaba experimentando el Estado oligárquico liberal.

- El neopopulismo o populismo de derecha de la década de 1980 y 1990 con modelos neoliberales como el de Carlos Menem en Argentina (de 1989 a 1999) o Alberto Fujimori en Perú (de 1993 a 2000). Esta “ola populista” aplicó políticas económicas neoliberales recomendadas y supervisadas por el Consenso de Washington y el Fondo Monetario Internacional. Sin embargo, no se implementaron políticas neoliberales coherentes, sino que mostraban un eclecticismo que difiere de las dicotomías tradicionales: izquierda-derecha o Estado-mercado.

A esta categoría, Finchelstein añade los gobiernos de Fernando Collor de Mello en Brasil (de 1990 a 1992), Abdalá Bucaram en Ecuador (de 1996 a 1997), o incluso, saliéndose del panorama latinoamericano, el gobierno de Silvio Berlusconi en Italia (de 1994 a 1995, posteriormente de 2001 a 2006, y finalmente entre 2008 y 2011).

- El populismo de izquierda (también denominado como populismo neoclásico de izquierda por Finchelstein), categoría en la que encontramos los gobiernos del presidente Hugo Chávez en Venezuela (entre 1999 y 2013), incluyendo a su sucesor Nicolás Maduro (2013-), Néstor Kirchner en Argentina (de 2003 a 2015), Evo Morales en Bolivia (2006-) y Rafael Correa en Ecuador (entre 2007 y 2017). Igualmente, en este punto Finchelstein incluye también casos europeos, como los partidos políticos de Podemos en España o Syriza en Grecia.

En este punto, Gratius establece una serie de características que distinguen esta “ola” de las dos anteriores. La diferencia esencial con respecto a la “primera ola” radica en su discurso político y el rechazo mostrado frente al modelo económico de sustitución de importaciones; mientras que, con respecto a la “segunda ola”, las diferencias las encontramos en su aplicación de políticas públicas y su oposición al sistema neoliberal clásico.

- Finalmente, encontramos una última categoría de populismos exclusiva de la obra de Finchelstein a la que denomina populismo neoclásico de derecha y extrema derecha. En esta “ola”, incluye desde el neofascismo peronista de la

década de 1970, hasta el predominio de los actuales movimientos y líderes de derecha que generalmente se encuentran en la oposición europea, pero que también pueden ostentar el poder en solitario, como en Estados Unidos, Filipinas y Guatemala, o a través de coaliciones como las de Austria, Italia y Finlandia.

Estas formas de populismo también incluyen los regímenes de Recep Tayyip Erdogan en Turquía (2014-) y Viktor Orbán en Hungría (2010-), tratándose de una oleada de populismos prácticamente contemporánea a nuestro tiempo. Las formas de oposición de los populismos neoclásicos de derecha y extrema derecha incluyen el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) en Inglaterra, el Frente Nacional en Francia, Golden Dawn en Grecia, y los movimientos liderados por la xenófoba Pauline Hanson en Australia y Avigdor Lieberman en Israel, entre muchos otros.

Si la conceptualización del término de populismo ya suponía un ámbito de gran dificultad, el análisis del neopopulismo puede resultar todavía más complejo, dada la contemporaneidad de su emergencia y la menor perspectiva histórico-comparativa, “por lo que el término también ha dado pie a una utilización indiscriminada”<sup>100</sup>.

Aun con todo, podemos observar un relativo consenso en el momento de situar el origen del neopopulismo entre los años ochenta y noventa del siglo pasado<sup>101</sup>. Y es que a mediados de los años noventa, la noción de neopopulismo generó una discusión científica a gran escala, a pesar de que la utilización del concepto puede rastrearse incluso desde los años sesenta y setenta, precisamente para referirse a los Nuevos Movimientos Sociales protagonizados por estudiantes radicales, entre otros, incluyéndose bajo esta denominación incluso al movimiento feminista o ecologista<sup>102</sup>.

---

<sup>100</sup> SÁNCHEZ, D., “Neopopulismo en Venezuela: ¿Mito o realidad?”, *Revista Encrucijada Americana*, 2(3), Chile, 2010, pp. 62-77.

<sup>101</sup> Entre las obras que fechan el origen del neopopulismo entre los ochenta y los noventa del siglo XX, encontramos, entre otras: MEYER, L., “El presidencialismo. Del populismo al neoliberalismo”, *Revista Mexicana de Sociología*, 2, 1993, pp. 57-81; NOVARO, M., “Crisis de representación, neopopulismo y consolidación democrática”, *Revista Sociedad*, 6, 1995; KAY, B., “Fujipopulism and the Liberal State in Peru 1990-1995”, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 38, 1996, pp. 55-98; o KENNEY, C., “¿Por qué el autogolpe? Fujimori y el Congreso 1990-1992”, en TUESTA SOLDEVILLA, F. (ed.), *Los enigmas del poder: Fujimori 1990-1996*, Lima, Fundación Friedrich Ebert, 1997, pp. 75-104.

<sup>102</sup> ROSCH, M., “Neopopulismo, desestabilización sistemática o recuperación de la gobernabilidad: la Quinta República en Venezuela”, *Opera*, 6, abril 2006, pp. 89-116.

No obstante, la acepción que estamos manejando en este trabajo surgió en esos debates de los años noventa, que trataron de dar una explicación histórica y sociológica sobre todo a los regímenes políticos que estaba viviendo América Latina por aquel entonces, emprendiendo la construcción de esa tipología denominada “neopopulismo”, como alternativa política surgida con la erosión de los sistemas políticos de partidos tradicionales y con la descomposición de las identidades nacionales, debido al incremento de la pobreza y la desigualdad social y económica.

El neopopulismo surgió, pues, como una forma de representación política en un contexto de deslegitimación de las instituciones políticas clásicas. La inestabilidad política conllevó que los nuevos líderes populistas se mostrasen como salvadores de la patria y restauradores del orden corrompido. Dichos jefes nacionales fueron los que, en muchos casos, introdujeron a sus países en las economías de libre mercado. En un momento en el que el bloque comunista se había disuelto definitivamente, numerosos líderes populistas no dudaron en abrazar políticas neoliberales, apoyándose en organizaciones internacionales y en las élites internas.

Con el progresivo abandono de la estrategia de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) -el modelo económico por excelencia en América Latina desde la finalización de la Primera Guerra Mundial-; el fin de la guerra fría; y el auge de la globalización económica, quedaron echadas las bases para la aparición del neopopulismo en América Latina<sup>103</sup>.

No en vano encontramos muestras de este malestar social en acontecimientos como el movimiento estudiantil del 68 en Méjico, que ya había sido precedido de una amplia movilización del sector médico en 1965, precisamente para mostrarse frontalmente en contra del carácter utópico de la democracia mejicana. La salida del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), responsable de la represión sistemática al movimiento estudiantil, y la subsiguiente designación de Luis Echeverría Álvarez como su sucesor en las elecciones de 1970 no hicieron más que reafirmar esta continuidad de las formas autoritarias de gobierno disfrazadas de democracia<sup>104</sup>.

---

<sup>103</sup> PETIT PRIMERA, J.G., “Populismo y Neopopulismo en la Revolución Bolivariana”, *TELOS. Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, 2(21), abril 2019, p. 412.

<sup>104</sup> MAGRINI, A.L., “Populismo y revolución en México: reflexiones en torno a los lenguajes políticos durante los años setenta”, *Revista Historia Autónoma*, 14, 2019, p. 205.

El fracaso de la súbita implementación de medidas neoliberales, unida a la pérdida de legitimidad de los partidos tradicionales, facilitaron la llegada al poder de nuevos líderes personalistas como Chávez o Uribe. Fue precisamente la coyuntura de crisis de representación, de debilidad del sistema democrático y del modelo del Estado-protector lo que posibilitó el “resurgimiento” de estos nuevos líderes populistas que, apoyados en su carisma personal, se mostraron como salvadores de la nación y, de nuevo, como autoridades mesiánicas y providenciales con la capacidad de restituir el orden perdido. Para ello, buscaron desarrollar políticas más pragmáticas, acercándose más a la población y adoptando un estilo y una manera de hacer política propias<sup>105</sup>.

La principal virtud de estos nuevos movimientos populistas es que lograron adaptarse al nuevo contexto. Allí donde los populismos clásicos habían fracasado, los neopopulistas adaptaron su discurso, estilo y estrategias para consolidarse en el poder<sup>106</sup>. Estos nuevos movimientos, defensores del neoliberalismo, como Menem o Fujimori, llevaron a cabo un discurso *anti-establishment* de cara a la galería, pero con el apoyo de las elites y las grandes corporaciones en la retaguardia.

Como vemos, el neopopulismo se impregna de un fuerte discurso antipolítico, donde se establece un antagonismo entre el pueblo y las élites tradicionales (*establishment*). El líder, en este caso, busca diferenciarse de ella, lo cual implica una novedad fundamental del neopopulismo: la no pertenencia del líder a la clase política tradicional<sup>107</sup>. Del mismo modo, mientras que el populismo busca la movilización social, el neopopulismo trata lo contrario: ya no necesita a las masas para alcanzar el poder, pues los medios de comunicación (*mass media*) penetran en ellas. Además, la relación entre gobierno y ciudadanos cambia y se establece una comunicación directa entre ambos<sup>108</sup>.

Así pues, la relación líder-masas carece de mediación institucional, lo cual no habría sido posible sin la previa desestructuración de las clases populares –como resultado de la crisis económica y de su impacto en el empleo–. Esta coyuntura ya existente fue reforzada con la represión de ciertas organizaciones laborales o políticas y con las propias reformas neoliberales. Si a estas acciones les añadimos una hábil utilización de los medios masivos de comunicación, sobre todo de la televisión y la radio, podemos explicar cómo

---

<sup>105</sup> PATIÑO, L., “El neopopulismo en el contexto de la democracia latinoamericana”, *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, 106(37), enero-junio 2007; pp. 240-242.

<sup>106</sup> *Ibid.*, p. 241.

<sup>107</sup> ROSCH, M., op. Cit., p. 95.

<sup>108</sup> *Ibid.*, p. 96.

el mensaje y los símbolos neopopulistas pueden llegar a captar en la población sorteando mediaciones institucionales u organizativas. El pueblo organizado del populismo fue transformado en un público de individuos sin otro referente real o simbólico que el discurso del gobernante<sup>109</sup>.

La obra de Koeneke resulta de gran interés en este punto, pues resalta la necesidad del neopopulismo de un incremento constante del gasto público, a fines de mantener el apoyo y respaldo popular, y, además, sintetiza en una descripción tripartita lo que considera los rasgos característicos de este fenómeno político:

1. La base social de los líderes y gobernantes neopopulistas está constituida principalmente por los miembros del sector informal de la economía, en tanto que la política económica de sus administraciones se orienta por el neoliberalismo y se aparta del intervencionismo estatal. 2. Adicionalmente, estos líderes tienden a ser *outsiders* partidistas, es decir, sin ataduras o dependencia de los partidos tradicionales, pero sí con estrecha dependencia de los medios de comunicación social, que les permiten acceder y movilizar a un sector heterogéneo y en gran medida desarraigado socialmente como el informal. 3. Los líderes neopopulistas, en una palabra, tienden a convertirse en celebridades mediáticas, carecen de vínculos con instituciones políticas tradicionales y logran triunfos electorales inesperados gracias a la resonancia favorable que su imagen pública provoca entre los informales que han ido poblando crecientemente las grandes ciudades latinoamericanas<sup>110</sup>.

De igual manera, según algunos autores como Petit Primera, al contrario de lo que sucedía en el populismo de los años cuarenta o cincuenta del siglo XX, el cual solía ser más conservador en el ámbito de la moral, el neopopulismo tiende a ser ideológicamente más *radical*, apegándose de manera más exacta a los ideales de izquierda o derecha, según sea el caso<sup>111</sup>.

Retomando la hipótesis de partida de este trabajo, a saber, el individualismo como uno de los principales legados de la acción de los Nuevos Movimientos Sociales, podemos ver cómo este elemento deviene patente también en la *praxis* política del neopopulismo. Uno de los ejemplos más claros de cómo los líderes neopopulistas supieron mantener y aprovechar la fragmentación y la individualización que llevaba décadas infundiéndose en sus partidarios lo encontramos en el régimen de Carlos Menem.

---

<sup>109</sup> VILAS, C. M., “¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del “neopopulismo” latinoamericano”. *Rev. Sociol. Polit.* [online], 22, 2004, pp.135-151.

<sup>110</sup> KOENEKE, H., “Populismo y neopopulismo en Perú y Venezuela”, *Revista Veneconomía*, 10(20), Venezuela, 2003, pp. 2-6.

<sup>111</sup> PETIT PRIMERA, J.G., op. Cit., p. 413.

De hecho, fue precisamente la disgregación de la ciudadanía un componente clave de la opinión pública durante su gobierno, tornándose un de los elementos más importantes en su consolidación. Menem consiguió desarticular a sus posibles oponentes, “individualizando” las demandas, lo que las hacía más fáciles de manejar<sup>112</sup>. Este factor es una manifestación clara de la crisis de pertenencia que se dio principalmente vinculada a los sindicatos y los partidos tradicionales, que habían quedado deslegitimados en el ideario colectivo. Esta crisis de pertenencia, si bien es herencia de periodos previos al régimen de Menem, fue alentada y aprovechada hábilmente por el líder neopopulista.

Frente a la lógica integradora del populismo clásico, el “neopopulismo”, en cambio, desarrolló una incorporación selectiva que conllevó la fragmentación de los sectores subalternos. Gran parte de la integración durante el populismo nacional de Gratius se realizó incluyendo a sindicatos y partidos y a través de la promulgación de una nueva legislación social. El “neopopulismo”, por contra, focalizó sus programas económicos neoliberales solamente en determinados sectores de la población, conllevando la fragmentación de la misma y la erosión de los mecanismos institucionales clásicos<sup>113</sup>.

En lo que el populismo fue participativo, el neopopulismo devino autoritario; el efecto social y políticamente integrador y movilizador del populismo se tornó desmovilizador, marginador y fragmentador, individualizando forzosamente las relaciones sociales; el Estado regulador fue transformado en Estado privatizador<sup>114</sup>.

Recordemos que, en la categoría de los nuevos populismos, Finchelstein incluía a los movimientos que él denominaba como populismo neoclásico de derecha y extrema derecha. Para el autor, este tipo de populismo también comparte una multiplicidad de características con los populismos clásicos: la visión autoritaria del pueblo, el culto al líder weberiano y la utilización de la vía electoral democrática, entre otras. Sin embargo, detecta una diferencia fundamental muy interesante, a saber, la consideración que hacen unos y otros del concepto de Pueblo. En este sentido, Finchelstein apunta a que los populismos de mediados del siglo XX concebían el Pueblo en tanto que identidad política, es decir, se basaban en el concepto clásico de *demos* (un ciudadano forma parte del Pueblo

---

<sup>112</sup> ROJAS HUERTA, C.; MUJICA OTERO, S.; SUCKEL FIGUEROA, A., “Neopopulismo y el papel de los medios de comunicación de los gobiernos de Carlos Menem y Alberto Fujimori, Revista Pléyade, 3, primer semestre 2009, pp. 136-157.

<sup>113</sup> MACKINNON, M. y PETRONE, M., op. cit.

<sup>114</sup> VILAS, C. M., op. Cit., pp.135-151

siempre y cuando comparta los preceptos básicos del régimen). Por contra, los nuevos populismos, se basan en el concepto de *ethnos*, el concebir al pueblo como una identidad étnica y cultural. Están, por tanto, mucho más cerca del fascismo clásico que los primeros<sup>115</sup>.

Ambas corrientes, populismo y neopopulismo, comparten una serie de características, pero difieren en varios aspectos. En el primer caso, es evidente que ambas requieren del liderazgo de un líder carismático, que es capaz de lograr una conexión total con el pueblo, convirtiéndose en un guía de la Nación. Existe, además, una fuerte alianza interclasista, donde la unión del pueblo es un atributo esencial en la configuración del Estado. Presentan, a su vez, un discurso *anti-establishment*, que se nutre de elementos de diversas ideologías por igual. Finalmente, ambos movimientos identifican un enemigo común, bien interno (partidos o líderes tradicionales) o externo (países, organizaciones o instituciones extranjeras)<sup>116</sup> que sirve como chivo expiatorio en el que focalizar la frustración de la población.

A pesar de los puntos en común, ambas corrientes muestran variantes que evidencian las distintas realidades en las que surgen y a las que se enfrentan. Podemos considerar que el neopopulismo es, en esencia, un tipo de populismo que comparte la mayoría de atributos clásicos populistas, pero que varía en algunos aspectos dependiendo del contexto donde se desarrolla.

En definitiva, la cultura, la tradición política o la coyuntura social y económica determinan en gran medida el grado de semejanza y diferencia entre unos populismos y otros, complicando aún más la tarea de fijar una definición para el populismo. Todo parece indicar que el zapato todavía no ha encontrado a su Cenicienta, y, probablemente, le queda un largo camino por recorrer.

---

<sup>115</sup>FINCHELSTEIN, F., op. Cit., pp. 120-146.

<sup>116</sup>PATIÑO, L.G., op. Cit., pp. 246-250.

## **8. CONCLUSIONES**

La evolución de los movimientos sociales en relación a la de los populismos ha sido analizada en torno a los principales conceptos de las teorías de la acción colectiva, pasando por aproximaciones epistemológicas de muy diversa índole y rastreando la propia deriva que han seguido los debates historiográficos, sociológicos y politológicos.

En cuanto a las teorías de los movimientos sociales, hemos recorrido el largo camino que ha desembocado en la percepción actual de movimiento social entendido como un esfuerzo organizado, una acción colectiva donde participa una parte relativamente amplia de la sociedad. Pero también hemos podido comprobar cómo la oleada de movilizaciones surgida en los años sesenta del siglo XX supuso un punto de inflexión en la forma de entender la lucha social.

El Estado de Bienestar fue el escenario principal de los Nuevos Movimientos Sociales, una novedosa forma de acción colectiva surgida en 1968 precisamente en una coyuntura de abundancia en la que las demandas sociales clásicas no tenían cabida. De este modo, la defensa del derecho de todas las personas a una existencia libre y “humana” se convirtió, en la reivindicación principal. La igualdad cultural sustituyó, por tanto, a la igualdad social y económica; y el Sujeto sustituyó a la Clase.

En este punto, se puede detectar uno de los elementos más relevantes que nos ha acompañado a lo largo de este trabajo: la importancia del individualismo en los Nuevos Movimientos Sociales. Su objetivo fundamental devino, pues, la construcción de una nueva comunidad que reafirmase la dignidad individual frente al estado corporativo, perdiéndose por completo la categoría de Clase de la retórica utilizada.

De este modo, se dio un interesante cambio en la autopercepción antropológica de la población, conllevando inherentemente una fragmentación y desintegración de la sociedad. Esta nueva coyuntura comenzó a generar nuevas necesidades en las personas, destacando principalmente la necesidad de protección y resguardo frente a un Estado cada vez más despersonalizado y una deslegitimación de los partidos políticos clásicos. Nos encontramos, así, ante un factor que explica el surgimiento de una nueva forma de ejercer la política, que puede estudiarse como una evolución del populismo clásico decimonónico y de inicios del siglo XX y que ha sido denominado como Neopopulismo.



Así pues, queda patente el influjo de los Nuevos Movimientos Sociales en la tendencia política populista, que buscó adaptarse a las nuevas necesidades de la sociedad de post-industrial y comenzó a dar respuestas novedosas a esa coyuntura.

Pero antes de continuar con las convergencias entre ambos ámbitos de estudio, se ha considerado necesario realizar un viaje por las diferentes posturas historiográficas e ideológicas que han buscado dotar de un significado delimitado a un fenómeno tan complejo y camaleónico como es el populismo. Para ello, se han explorado las distintas acepciones del mismo, desde perspectivas tan distintas como la ideológico-pragmática de Walicki, o la discursiva de Laclau, pasando por definiciones sociológicas clásicas como las de Berlin, Germani o Di Telia.

Del mismo modo, para lograr una comprensión más profunda del fenómeno populista, se ha optado por realizar un recorrido por sus casos empíricos más paradigmáticos, comenzando por sus albores decimonónicos en Rusia y Estados Unidos, para pasar por el Partido Radical de Lerroux, el régimen político de Perón, los casos de Sedar Senghor en Senegal y Nyerere en Tanzania o la presidencia de Nasser en Egipto. Igualmente, se ha estudiado el movimiento fascista en relación al populismo, principalmente desde una perspectiva crítica y centrada en el reciente trabajo de Finchelstein, indagando en las limitaciones del uso de este término para con los fascismos de Mussolini y Hitler fundamentalmente.

Todo ello para llegar al último apartado de este trabajo, a saber, el Neopopulismo como caso particular de los Nuevos Movimientos Sociales. En este punto, hemos podido deducir los puntos de convergencia entre la generalidad y la particularidad, tratando de rastrear los elementos que vinculan al Neopopulismo, como *fenómeno* social, y a esta novedosa forma de entender la acción colectiva. Para esta tarea, utilizando una concepción de los populismos estructurada en tres o cuatro “olas” (según se utilice el trabajo de Gratius o el de Finchestein), se han detectado las diferencias principales entre el populismo clásico de mediados del siglo XX y el Neopopulismo de finales de siglo. Y solo así, a través del estudio de la propia evolución de la retórica y la *praxis* populistas, se han podido estudiar los elementos que permiten reconocer al Neopopulismo como un Nuevo Movimiento Social, capaz de aprovechar la fragmentación preexistente en el seno de la sociedad y el influjo de los medios de comunicación masiva para mantener vivo ese simulacro de democracia llamado populismo.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACEVEDO RODRÍGUEZ, C., “Evaluación crítica del esquema teórico de Alberto Melucci contenido en los artículos que conforman el texto: Acción colectiva, vida cotidiana y democracia”. *Estudios Cotidianos*, 1(2), 2013, pp. 121-134.
- ALBIAC, G., *Mayo del 68: Una educación sentimental*, Madrid, Temas de hoy, 1993.
- ALLOCK, J.B., "Populism, a brief biography", *Sociology*, septiembre 1971.
- ÁLVAREZ JUNCO, J., “Algunos problemas teóricos alrededor de los populismos”, *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 1, septiembre-diciembre 1988, pp. 281-303.
- ÁLVAREZ JUNCO, J., “El populismo como problema” en ÁLVAREZ JUNCO, J., GONZÁLEZ LEANDRI, R. (comps.), *El populismo en España y América*, Madrid, Catriel, 1994.
- ALVEAR SANIN, J., “El padre del populismo moderno”, *El Tiempo. Diario digital*, noviembre 1992.
- ARON, R., *La Révolution introuvable: réflexions sur les évènements de Mai*. Entrevista realizada por Alain Duhamel, Paris, Fayard, 1968.
- BARCIELA, C., “La Edad de oro del capitalismo (1945-1973)” en LLOPIS AGELÁN, E.; HERNÁNDEZ BENÍTEZ, M. y COMÍN, F. (coord.), *Historia económica mundial siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 339-389.
- BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2002.
- BAYNAC, J., *Mayo del 68: la revolución de la revolución*, Madrid, Acuarela, 2017.
- BELL, D., *El fin de las ideologías: sobre el agotamiento de las ideas políticas en los años cincuenta*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, D.L., 1992.
- BELL, D., *El advenimiento de la sociedad post-industrial: un intento de prognosis social*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- BENJAMIN, Walter, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, México, Itaca, 2003.
- BERNABÉ, D., *La trampa de la diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*, Madrid, Akal, 2018.

- BERLIN, I., HOFSTADTER, R. Y MACRAE, D., «To define populism», *Government and Opposition*, 3, 1968, pp. 137-79.
- BERRÍO PUERTA, A., “La perspectiva de los nuevos movimientos sociales en las obras de Sydney Tarrow, Alain Tourraine y Alberto Melucci”, *Estudios Políticos*, 29, Medellín, 2006.
- CADAHIA, L., “Batallas de la sensibilidad: el populismo como alternativa al fascismo” en GUAMÁN, A., ARAGONESES, A., MARTÍN, S. (dirs.), *Neofascismo. La bestia neo-liberal*, Madrid, Siglo XXI, pp. 61-73.
- CALLU, A., *Le Mai 68 des historiens: entre identités narratives et histoire orale*, Histoire et civilisations, Lille, Presses Universitaires du Septentrion, 2018.
- CANOVAN, M., *Populism*, Londres, Junction Books, 1981.
- CASANOVA, J., *Europa contra Europa, 1914-1945*, Barcelona, Crítica, 2011.
- COHN-BENDIT, D., *Forget 68*, París, L' Aube, 2008.
- DAUM, N., *Mayo del 68: la palabra anónima*, Madrid, Antonio Machado, 2018.
- DIANI, M., “The concept of social movement”, *The Sociological Review*, 40, Chicago, 1992.
- DEWEY, J., *Viejo y nuevo individualismo*. Barcelona, Paidós, D.L., 2003.
- DERRIDA, J., *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Argentina, 1971.
- DRAKE, P. W. ‘Conclusion: Requiem for Populism?’, en CONNIFF, M. L. (ed.) *Latin American Populism in Comparative Perspective* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1982,
- DUNCOMBE, S., *Notes from the underground: zines and the politics of alternative culture*, Portland, Microcosm Publishing, 2008.
- DURÁN, C., “Neopopulismo. La imposibilidad del nombre”, en AIBAR, J., *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*, México, FLACSO, 2007, pp. 83-139.
- FERRY, L., y RENAUT, A., *68-86. Itinéraires de l'individu*, Gallimard, París, 1987.
- FINCHELSTEIN, F., *From Fascism to Populism in History*, Oakland, University of California Press, 2017.
- FOUCAULT, M., *Microfísica del poder*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1979.

- FOURASTIÉ, J., *Les Trente Glorieuses, ou la révolution invisible de 1946 à 1975* Paris, Fayard, 1979, (reedición de Hachette Pluriel).
- FROMM, E., *El miedo a la libertad*, Barcelona, Paidós, 2008.
- GARCÍA JURADO, R., “Las raíces del populismo. Los movimientos populistas del siglo XIX en Rusia y Estados Unidos”, *Argumentos*, 23, (63), México mayo-agosto 2010, pp. 267-288.
- GARCÍA JURADO, R.; “Sobre el concepto de Populismo”; *Estudios*, 103; vol. X; Ciudad de México, invierno 2012.
- GAVIRA, C., “Reseña de Populismo. Sus significados y características nacionales de Ghita Ionescu, Ernest Gellner”, *Revista española de la opinión pública*, 27, enero-marzo 1972, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 460-462.
- GERMANI, G., *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1968.
- GIL VILLA, F., “Pesimismo y Neopopulismo”, *PASAJES*, 57, 2019, pp. 104-124.
- GRATIUS, S., *The Third Wave of Populism in Latin America*, FRIDE, octubre 2007.
- GREEN, J.R., *A Short History of the English People*, I, Londres, Macmillan, 1902, Consultado en: <https://archive.org/details/shorthistoryofth01greeiala> el 12 de septiembre de 2020.
- IONESCU, G., y CELLNER, E. (comp.), *Populismo. Sus significados y características nacionales.*, Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1969.
- KABUNDA, M., “Ideologías y experiencias de integración regional en África. Problemas y perspectivas”. Tesis doctoral dirigida por Santiago Petschen Verdaguer. Universidad Complutense, Facultad de ciencias políticas y sociología, Departamento de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales, Madrid, 1992.
- KAY, B., “Fujipopulism and the Liberal State in Peru 1990-1995”, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 38, 1996, pp. 55-98.
- KENNEY, C., “¿Por qué el autogolpe? Fujimori y el Congreso 1990-1992”, en TUESTA SOLDEVILLA, F. (ed.), *Los enigmas del poder: Fujimori 1990-1996*, Lima, Fundación Friedrich Ebert, 1997, pp. 75-104.

- KERSHAW I.: *Ascenso y crisis: Europa (1950-2017). Un camino incierto*. Barcelona, Crítica, 2019.
- KLATTCH, R., “The Development of Individual Identity and Consciousness among Movements of the Left and Right” en MEYER, D., WHITTIER, N., ROBNETT, B. (eds.), *Social Movements: Identity, Culture, and State*, Oxford, Oxford University Press, 2002.
- KOELBLE, T., BUI, L., “Nuevos movimientos sociales, postmarxismo y estrategia socialista: ¿son los nuevos movimientos sociales un catalizador para el rejuvenecimiento socialista?”, *Revista Mexicana de Sociología*, 53(2), abril-junio 1991, pp. 223-234.
- KOENEKE, H., “Populismo y neopopulismo en Perú y Venezuela”, *Revista Veneconomía*, 10(20), Venezuela, 2003, pp. 2-6.
- LACLAU, E., *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI, 1978.
- LACLAU, E., “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, *Emanipación y Diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996.
- LACLAU, E., *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- LARAÑA, E., *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994.
- LASSALLE, J.M., *Contra el populismo. Cartografía de un totalitarismo posmoderno*, Barcelona, Debate, 2017.
- LIPOVETSKY, G., “Changer la vie ou l’irruption de l’individualisme transpolitique”, *Pouvoirs: Revue française d’études constitutionnelles et politiques*, 39, 1986, pp. 91-100.
- LOUPIEN, S., *La France underground. Free jazz et rock pop, 1965/1979, le temps des utopies*, Paris, Rivage Rouge, 2018.
- LÖWY, M., “Transformación del populismo en América Latina”, *Utopías del sur*, 3, Buenos Aires, primavera 1989.

- MACKINNON, M. y PETRONE, M., "Los complejos de la Cenicienta", en MACKINNON, M. y PETRONE, M. (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- MAGRINI, A.L., "Populismo y revolución en México: reflexiones en torno a los lenguajes políticos durante los años setenta", *Revista Historia Autónoma*, 14, 2019, pp. 195-212.
- MACRAE, D., "Populism as an ideology" en IONESCU, G., GELLNER, E. (eds.) *Populism. Its Meanings and National Characteristics*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969, pp. 154-160.
- MASLOW A.H., "A Theory of Human Motivation". Publicación original en *Psychological Review*, 50, 370-396, 1943.
- MARX, K., *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, 1849*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/francia/francia4.htm>
- MEYER, L., "El presidencialismo. Del populismo al neoliberalismo", *Revista Mexicana de Sociología*, 2, 1993, pp. 57-81.
- NEVINS, A.; COMMAGER, H.S., MORRIS, J., *Breve historia de los estados unidos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1992.
- NIETZSCHE, F., *La gaya ciencia*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1988.
- NOVARO, M., "Crisis de representación, neopopulismo y consolidación democrática", *Revista Sociedad*, 6, 1995.
- NÚÑEZ FLORENCIO, R., *Sociedad y política en el siglo XX. Viejos y nuevos movimientos sociales*. Madrid, Síntesis, 1993.
- PATIÑO, L., "El neopopulismo en el contexto de la democracia latinoamericana", *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, 106(37), enero-junio 2007; pp. 240-242.
- PATIÑO, L., CARDONA, P., "El neopopulismo: una aproximación al caso colombiano y venezolano", *Estudios Políticos*, 34, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, enero-junio 2009, pp. 163-184.

- PETIT PRIMERA, J.G., “Populismo y Neopopulismo en la Revolución Bolivariana”, *TELOS. Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, 2(21), abril 2019, pp. 401-421.
- PODEH, E. y WINCKLER, O. (eds.), *Rethinking Nasserism. Revolution and Historical Memory in Modern Egypt*, Gainesville, University Press of Florida, 2004.
- PRIEGO, A., “Populismo islámico y globalización”, *Revista Cidob d’Afers internacionals*, 119, Barcelona, 2019, pp. 161-185.
- RAMÍREZ GALLEGOS, F., “La pendiente neoliberal: ¿Neofascismo, postfascismo, autoritarismo libertario?” en GUAMÁN, A., ARAGONESES, A., Y MARTÍN, S., (dirs.) *Neofascismo. La bestia neoliberal*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, pp. 19-39.
- RETAMOZO, M., “La teoría política del populismo: usos y controversias en América Latina en la perspectiva posfundacional”, *Latinoamerica*, 64, pp. 125-151.
- RODRÍGUEZ-AGUILERA, C. “El fantasma del populismo recorre Europa”, *Notes internacionals CIDOB*, 85, marzo 2014, pp. 1-4.
- ROJAS HUERTA, C.; MUJICA OTERO, S.; SUCKEL FIGUEROA, A., “Neopopulismo y el papel de los medios de comunicación de los gobiernos de Carlos Menem y Alberto Fujimori”, *Revista Pléyade*, 3, primer semestre 2009, pp. 136-157.
- ROSCH, M., “Neopopulismo, desestabilización sistemática o recuperación de la gobernabilidad: la Quinta República en Venezuela”, *Opera*, 6, abril 2006, pp. 89-116.
- ROSS, K., *Mayo del 68 y sus vidas posteriores. Ensayo contra la despolitización de la memoria*, Madrid, Acuarela, 2008.
- SÁENZ DE MIERA, A., *Aquel Mayo del 68*, Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, 2008.
- SÁNCHEZ, D., “Neopopulismo en Venezuela: ¿Mito o realidad?”, *Revista Encrucijada Americana*, 2(3), Chile, 2010, pp. 62-77.
- SÁNCHEZ PRIETO, J.M., “La historia imposible del Mayo francés”, *Revista de estudios políticos*, 112, 2001, pp. 109-133.
- SEIDMAN, M., *La revolución imaginaria. París 1968: Estudiantes y trabajadores en el Mayo francés*, Madrid, Alianza Editorial, 2018.

- THOMPSON, E.P., *La formación histórica de la clase obrera: Inglaterra 1780-1832*, vol. 1 [El árbol de la libertad], Barcelona, Laia, 1977.
- TOURAINÉ, A., *La société post-industrielle*, París, Éditions Denoël, cop. 1969.
- TOURAINÉ, A. *¿Cómo salir del liberalismo?*, México, Editorial Paidós Mexicana, 1999, pp. 53-80.
- VILAS, C. M., “¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del "neopopulismo" latinoamericano”. *Rev. Sociol. Polit.* [online], 22, 2004, pp.135-151.
- WALICKI, A., *The Controversy Over Capitalism: Studies in the Social Philosophy of the Russian Populists*, Oxford, Clarendon Press, 1969.
- WEBER, M., *Economía y sociedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1922].
- WEBER, M., *La ciencia como profesión; La política como profesión*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.
- WILES, P., «Un síndrome, no una doctrina: algunas tesis elementales sobre populismo», pp. 203-219, en IONESCU, G., y CELLNER, E. (comp.), *Populismo. Sus significados y características nacionales.*, Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1969.

#### **REFERENCIAS WEB:**

- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la lengua española, 23.<sup>a</sup> ed., [versión 23.3 en línea]. <https://dle.rae.es>.
- <http://archivoperonista.com/discursos/>